

RAFAEL CARRERA, ¿REACCION CONSERVADORA O REVOLUCION CAMPESINA? GUATEMALA 1837-1873

Juan Carlos Solórzano F.
Escuela de Historia y Geografía
Universidad de Costa Rica

"nunca consentiré que vayan a los ranchos más pobres a tomar del agricultor infeliz dos de los veinte elotes de maíz o que le quiten los pocos animales que necesita para su existencia"

Rafael Carrera.

"era preciso alguna vez cortar y quemar (...) cuando las circunstancias lo reclamaban: era preciso derribar los ídolos que adoraba una sociedad tenazmente aferrada al retroceso, al oscurantismo y a la inmovilidad y los derribé con mi brazo, desafiando las malas pasiones (...) sobre la ignominia, la estupidez y el anonadamiento del pueblo"

Justo Rufino Barrios.

Resumen

Rafael Carrera ¿Reacción Conservadora o Revolución Campesina? Guatemala 1837-1873. La historiografía tradicional ha presentado a Rafael Carrera y la insurrección campesina por él liderada como instrumento al servicio de los políticos conservadores. Igualmente, la historiografía marxista ortodoxa buscando la dinámica histórica en el enfrentamiento entre la "burguesía" (los liberales) y la "clase feudal" (los conservadores) ha concebido al campesinado en armas como una masa maleable, al servicio de los intereses "feudales". Tal concepción de la historia, compartida por estas corrientes historiográficas es criticada en este artículo, a la vez que se plantea una perspectiva diferente para el análisis de la insurrección campesina. Se conceptúa al campesinado como *sujeto histórico activo*, capaz de imprimir un curso particular a la historia. Desde este punto de vista se estudia la sublevación del campesinado en Guatemala en 1837, así como el período en el cual Rafael Carrera jugó un rol preponderante en la política de Guatemala.

Abstract

Rafael Carrera: conservative reaction or peasant revolution? Guatemala 1837-1873. Traditional historiography has interpreted Rafael Carrera and the peasant uprising which he led as an instrument of Conservative politicians. Similarly, orthodox marxist historiography, looking for the dynamics of historical change in the confrontation between the "bourgeoisie" (the Liberals) and the "feudal class" (the Conservatives) has conceived the armed peasants as a malleable mass at the service of "feudal" interests. This concept of history, common to both historiographical currents, is criticised, and a different perspective for the analysis of the peasant uprising proposed. The peasant is conceived as a conscious actor, capable of influencing the particular course of history. From this point of view, the article studies both the peasant uprising in Guatemala in 1837, and the period during which Rafael Carrera played a dominant rôle in Guatemalan politics.

INTRODUCCION

El año de 1823, fracasado el Imperio de Iturbide en México y en consecuencia la anexión de

Centroamérica a éste (1821-1823), el Congreso, integrado con representantes de los cinco estados centroamericanos, declara la Independencia absoluta de Centroamérica. Al finalizar el año de 1824,

los cinco estados se unen en una República Federal adoptando el nombre de Provincias Unidas de Centroamérica. El Congreso que inicia sus sesiones en 1825 elige presidente al liberal salvadoreño Manuel José Arce (1).

Al igual que en el resto de Hispanoamérica después de la Independencia de España, dos facciones dominaban el escenario político centroamericano: los Liberales y los Conservadores (2). Los primeros buscaban la transformación radical de la sociedad, animados por las ideas políticas y económicas que durante esos años se imponían en Europa y Estados Unidos. Los conservadores por el contrario, aunque no exentos del todo de un deseo renovador, eran más cautelosos, considerando que las sociedades hispanoamericanas sólo podían modificarse gradualmente, adaptando las innovaciones a las características peculiares de Hispanoamérica (3). Estos opuestos programas políticos obedecían a motivaciones económicas diferentes.

En el transcurso del siglo XVIII, Guatemala llegó a desempeñar un rol predominante en relación con el resto de las provincias que integraban la Audiencia o "Reino" de Guatemala. Es cierto que desde el establecimiento de la sede de la Audiencia en la ciudad de Santiago de Guatemala en el año de 1549, la capital tuvo un rol preeminente sobre el resto de Centroamérica. No obstante, el dominio económico de Guatemala sobre las provincias alcanzó su punto culminante en la segunda mitad del siglo XVIII. En los siglos XVI y XVII el control de Guatemala sobre los otros territorios centroamericanos se circunscribió principalmente al norte de Centroamérica, en tanto que León de Nicaragua, vinculado comercialmente al eje Portobelo-Panamá, permitió que el sur centroamericano escapase en gran medida al poder económico de Guatemala (4). Al finalizar el siglo XVII y durante la primera mitad del siglo XVIII la expansión del contrabando inglés a partir de sus pequeños pero importantes asentamientos ingleses en la Mosquitia limitaron igualmente el dominio guatemalteco (5). Las cosas empezaron a cambiar sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. La nueva administración borbónica logró desalojar a los ingleses de la Mosquitia en 1787, lo que significó un golpe para los intereses mercantiles que en Honduras, Nicaragua y Costa Rica comerciaban con los británicos asentados en esta zona (6). Pero al mismo tiempo se intensificó el comercio de Guatemala con España, desarrollando éste a su vez los intercambios mercantiles dentro de Centroamérica. El origen de la expansión mercantil en última instancia

fue causado por el crecimiento vertiginoso de la industria textil inglesa que hacia estos años se mecanizó (7).

En Guatemala hubo una fuerte presión de la demanda del tinte de añil, que tradicionalmente era producido (desde el siglo XVI) en las tierras bajas de la Alcaldía Mayor de San Salvador (8). Las exportaciones de añil de la Audiencia de Guatemala hacia España se incrementaron enormemente. En la primera mitad del siglo XVIII las exportaciones más altas se realizaron en el decenio de 1710-1719: 435.962 libras de índigo. En el decenio de 1750-1759 se habían elevado a 2.062.695 libras y en el siguiente (1760-1769) a 4.103.748 libras (9). A su vez, la producción de añil incentivó otras producciones, ocurriendo una especialización productiva regional y un intercambio de mercancías al interior de Centroamérica. En tanto que en El Salvador se expandían las haciendas añileras, en Honduras se intensificaba la producción minera de plata (facilitándose los intercambios gracias al establecimiento del cuño en Guatemala en 1733) y la producción de ganado en Nicaragua, cuyos derivados eran esenciales en el enfarraje del índigo, así como en la alimentación de los trabajadores encargados de la cosecha y procesamiento del producto (10). En Guatemala se intensificó la producción de textiles destinados al resto de las provincias centroamericanas (11).

No obstante, el desarrollo de este comercio interregional estuvo rígidamente controlado por los comerciantes guatemaltecos. Estos conformaban una nueva élite mercantil, que al igual como había ocurrido en el resto de Hispanoamérica, habían prosperado al calor de la nueva administración borbónica, sustituyendo o vinculándose con la vieja élite descendiente de los conquistadores y encomenderos. Constituían lo que en Guatemala se denominaba como "la aristocracia". Gracias a sus vinculaciones con el comercio gaditano llegaron a establecer un verdadero monopolio-oligopolio, pues tenían la exclusividad de la comercialización del añil hacia Europa, a la vez que detentaban igualmente el control de los productos importados. Pero además, estos comerciantes —gracias al dominio del circulante— lograron dominar a los productores de plata en Honduras y de ganado en Nicaragua. Ellos financiaban ambas producciones y surtían de artículos europeos y de textiles guatemaltecos a los provincianos. Estos últimos sufrían amargamente el dominio de la "capital", de la "aristocracia" (12).

Al llegar la Independencia los provincianos intentaron entonces escapar al control de la capital. Muchos de los productores provincianos (aunque no todos) se alinearon entonces con la facción de los liberales. En Guatemala había igualmente una facción liberal que representaba sobre todo los intereses no de la capital, sino del interior del país, aunque algunos de los liberales provenían de un emergente sector medio urbano (13).

Por el contrario, los intereses "aristocráticos" de la capital, cuyos representantes más conspicuos eran los miembros de la familia Aycinena se agruparon en la facción conservadora. Constituían principalmente la élite que se había formado durante la colonia: los comerciantes monopolistas de Guatemala y el clero. Este último había tenido un papel fundamental, pues la Iglesia controlaba innumerables propiedades y los sacerdotes desempeñaban un papel de primer orden en la vida social de las comunidades indígenas (14).

En tanto los liberales querían un gobierno federal que acabara con el tradicional dominio de la capital, los conservadores deseaban un gobierno centralizado y fuerte, lo que los primeros no aceptaban pues consideraban que sería continuar con la dominación de Guatemala sobre las provincias centroamericanas. Muy pronto de la lucha en el Congreso se pasó a la lucha armada abierta. El presidente Arce se alió con los conservadores del estado de Guatemala, cuya capital era a su vez asiento del gobierno federal. En 1826 se inició la guerra entre liberales y conservadores, la que se prolongó hasta 1829, cuando un ejército, principalmente de salvadoreños, al mando del general hondureño Francisco Morazán derrotó a los conservadores de Guatemala. La guerra civil causó gran destrucción tanto en Guatemala como en El Salvador (15).

Con el triunfo de Morazán, los liberales asumieron el absoluto control del poder en la mayor parte de Centroamérica. Los conservadores tuvieron que exiliarse. Muchos de ellos perdieron la mayor parte de sus bienes.

El congreso fue nuevamente convocado en 1829 y en 1830 Morazán fue electo presidente de la república federal. En Guatemala, Mariano Gálvez fue electo jefe de estado de Guatemala en 1831. Con Gálvez a la cabeza del Estado de Guatemala, Morazán en la presidencia de la república y con la oposición conservadora eliminada del escenario político, los liberales creyeron tener campo libre para llevar a cabo las transformaciones políticas que supuestamente permitirían unir a Guatemala al carro del "progreso" y aportar las "luces

de la civilización", a la sociedad que durante tantos años estuvo dominada por lo que denominaban como el "oscurantismo colonial". De 1831 a 1837 se llevó a cabo el experimento liberal. Pero finalmente, en este último año, estalló una insurrección campesina jefada por el caudillo Rafael Carrera que dio al traste con los proyectos liberales.

Durante dos años se mantuvo la insurrección campesina hasta que finalmente los liberales fueron expulsados del poder. Rafael Carrera se convirtió en adelante, hasta su muerte en 1865, en la figura dominante de la política en Guatemala. Cinco años después de su desaparición, una nueva generación de liberales logró conquistar de nuevo el poder, llevando a cabo la "revolución liberal" de 1871. ¿Por qué razones ocurrió un "interregno" conservador en Guatemala entre 1839 y 1870? ¿Cuál ha sido la visión preponderante de la historiografía sobre el largo período en el que Rafael Carrera dominó el escenario político de Guatemala? En este artículo trataremos de dar respuesta a estas interrogantes. Empezaremos por analizar el legado historiográfico sobre Rafael Carrera y los problemas que plantea el estudio de las rebeliones campesinas.

RAFAEL CARRERA, LA HISTORIOGRAFIA Y LOS PROBLEMAS DE INTERPRETACION DE LAS REBELIONES CAMPESINAS

Durante el siglo XIX, al igual como la política fue dominada por los liberales y conservadores, la visión histórica de los acontecimientos fue determinada por el partidismo político. En Guatemala predominó la historiografía liberal. Fue Alejandro Marure el primero que, financiado por el gobierno del Dr. Mariano Gálvez, escribió en 1836 la primera historia sobre los acontecimientos ocurridos entre 1820 y 1836. Posteriormente el liberal Lorenzo Montúfar escribió la historia más completa aunque parcializada, de la Guatemala del siglo XIX: *Reseña Histórica de Centroamérica*, en siete volúmenes, editada entre 1878 y 1888, bajo patrocinio del gobierno liberal.

La visión que se presenta sobre los conservadores y sobre Rafael Carrera aparece en ambas obras completamente distorsionada por la fuerte carga ideológica liberal de sus autores. Como afirma Miles L. Wortman, las respuestas de los conservadores a la interpretación historiográfica liberal son igualmente partidistas, pero carecen de la base documental que utilizan los liberales (16).

No obstante, la diferencia que separa a conservadores de liberales, tanto en el campo político como en el historiográfico, no es tan radical como a primera vista aparenta serlo. La razón de esto es que ambas corrientes de pensamiento expresan esencialmente los intereses de las élites dominantes (17). Por esta razón tanto en unos como en otros las masas populares, el campesinado indígena y mestizo, aparecen no como sujeto histórico capaz de imprimir a la historia una dinámica particular, sino como una masa maleable, manejada por los intereses políticos de los liberales o de los conservadores según el caso (18).

La revuelta de Rafael Carrera y su ascenso en la vida política, de líder guerrillero campesino a jefe supremo del gobierno en Guatemala ha sido presentada tradicionalmente como consecuencia de su manipulación a manos de los políticos conservadores. Sin duda, la visión liberal ha predominado: Rafael Carrera manejado por el clero reaccionario, que a su vez ejercía gran influencia sobre el campesinado, se alzó en armas contra los liberales con el fin de reinstaurar el poder de la iglesia y de la "aristocracia" en Guatemala. Como móviles fundamentales de la rebelión se señalan la ignorancia y el fanatismo religioso de los campesinos. Así, como afirma Jaime Torras, en un enriquecedor estudio sobre las sublevaciones campesinas antiliberales en la España de la primera mitad del siglo XIX:

"La generalizada aversión de las masas rurales al sistema liberal no tenía sustantividad propia, no fue más que un lastre, tan lamentable como accidental, para el despliegue del proceso cuya orientación dirimían otros actores..." (19).

Al igual que en España y que en el resto de Hispanoamérica, la historiografía liberal se preocupó poco por examinar las sublevaciones campesinas antiliberales. Sin duda esto procede de la perspectiva de clase de los historiadores liberales identificados con los anhelos y objetivos "progresistas" de las élites que deseaban la transformación de la sociedad para beneficio de su propio interés.

Si esta ha sido la característica predominante de la historiografía liberal, ¿cuál ha sido la posición de aquellos historiadores que han intentado romper con la herencia que nos han legado estos intelectuales orgánicos del liberalismo?

Es de lamentar que el progresismo y el economicismo hayan predominado también en autores que pretendieron apartarse de la historiografía liberal. Situados en una perspectiva ascendente de la

historia no podían concebir al campesinado pobre más que como una clase reaccionaria, en tanto que la posición política del campesino se oponía a las fuerzas que traerían el triunfo de la burguesía y las realidades del mundo moderno, situación considerada como "normal" en el camino hacia el supuesto avance histórico constante.

El dominio de esta concepción progresiva de la historia tiende a desechar como marginal o "espasmódico" todo aquel aspecto del pasado que no tiene una proyección visible sobre su futuro necesario (20). Tal tipo de concepción ha dado lugar, como afirma Jaime Torras, a simplificaciones empobrecedoras sobre la historia de las clases populares, negándosele de hecho su calidad de sujetos históricos antes del advenimiento del proletariado industrial. Así, la periódica intrusión del campesinado en el primer plano de la escena política en el pasado se interpreta burdamente como "espasmos", "furores campesinos", carentes de una intención deliberada y consciente (21).

Es necesario estudiar la historia de la rebelión campesina de Rafael Carrera y de su ascensión al poder no sólo desde la perspectiva de cómo la vivieron e interpretaron las élites dominantes, sino también desde el punto de vista del campesinado. Para lograrlo es preciso entonces apartarse de una noción de progreso que —como dice Torras— organiza el pasado en un encadenamiento simplista en el que la evolución social es concebida de manera darwinista, es decir, desechando aquellos aspectos del pasado que no se encadenan en la línea de evolución histórica supuestamente natural que desemboca en el presente. Esta visión histórica, al analizar los comportamientos colectivos desde una perspectiva racionalizada "a posteriori", privilegia entonces aquellos sectores que resultaron ser los "portadores del futuro", en este caso los liberales, ya que al final terminaron por imponerse encauzando la sociedad en la vía del capitalismo (22).

Los historiadores marxistas tradicionales han tendido a concentrarse en el estudio del antagonismo de las clases dominantes. Su análisis se reduce entonces al estudio de la oposición entre la "clase feudal" (los conservadores) y la clase "capitalista" (los liberales), de manera que las verdaderas relaciones de explotación quedan obviadas o subordinadas (23). No obstante, la defensa del campesinado de sus tierras comunales así como de otros elementos del orden colonial no respondían a un alineamiento con las viejas élites dominantes.

Así por ejemplo, el campesinado en Guatemala se opuso tenazmente a la reimposición del diezmo,

gabela típica del régimen colonial. Por lo tanto extraer nociones de "clase" de experiencias históricas diferentes (el concepto de "clase capitalista" abstraído en forma indebida de la Revolución Francesa del siglo XVIII) resulta —como señala Torras— poco apropiada para el análisis histórico. Tal como lo afirma E. P. Thompson:

"para el historiador, las clases sólo pueden definirlas los comportamientos colectivos originados en las relaciones contradictorias que dentro de una sociedad se establecen entre grupos de hombres que advierten y razonan la identidad de sus intereses y el común antagonismo con los de otros grupos" (24).

Así los indígenas y ladinos que se alzaron en armas contra el gobierno liberal de Gálvez lo hicieron no por ignorancia o manipulación de los curas, sino porque tomaron conciencia de sus intereses y de cómo éstos estaban en contradicción con los intereses de los políticos liberales, que deseaban —entre otras cosas— acabar con las tierras comunales, favorecer los cultivos de exportación en detrimento de la producción de subsistencia y fomentar las importaciones en perjuicio de la producción artesanal local. (25).

La reacción campesina no era entonces de carácter "feudal", tampoco significaba una alternativa radical del proyecto liberal. Era su oposición a la modalidad que adoptaba la organización de la agricultura dentro del proyecto político liberal, que deseaba una inserción de Guatemala en la división del trabajo a escala internacional como exportadora de productos agrícolas. Sin duda, las ideas de Adam Smith, que hacían soñar a los liberales con las riquezas que podían obtener gracias a las "ventajas comparativas" derivadas de la especialización productiva, no significaban otra cosa que un ataque directo a las condiciones materiales y culturales del campesinado. Así, frente a la miseria cotidiana que había significado el sistema colonial, menguada un poco por la Independencia (ésta trajo la abolición del tributo indígena), los liberales con sus "luces y civilización", no ofrecían en realidad un mejoramiento de las condiciones de vida de los campesinos, sino una permanencia de las desigualdades acrecentadas aún más, a la vez que con su culto a la "razón" y a la "modernidad" prescribían igualmente los utopismos tradicionales heredados de la sociedad colonial.

Podría argumentarse que el proyecto político económico de los liberales terminó finalmente por imponerse (después de la revolución liberal de 1871) y que por lo tanto aquellos que lucharon

contra tal evolución histórica estaban condenados de antemano. Interpretarlo así equivale a adoptar en el presente una posición política que implica negar validez a toda lucha contra la dinámica histórica que pretende imponer el capitalismo. Pero, además, desde un punto de vista historiográfico, tal perspectiva tiende a falsear los términos reales en que se planteó el conflicto, pues se privilegia la clarividencia de unos comportamientos, en este caso el de los liberales, en tanto se menosprecia, considerándolos como fútiles, los comportamientos restantes.

Metodológicamente es preciso, en primer lugar, conocer las condiciones materiales del campesinado para comprender las razones que lo llevaron a su rebelión. Pero esto no basta, es necesario también entender los procesos ideológicos por medio de los cuales los diferentes grupos sociales interpretaron estas condiciones y guiaron su comportamiento.

Una cabal interpretación de la ideología del campesinado es una ardua tarea. En general sus motivaciones y objetivos no eran vertidos en textos escritos y éstos por lo tanto desempeñan una función secundaria. Además la propaganda escrita solía emanar de elementos ajenos a las clases populares, que buscaban —es el caso del clero— instrumentalizar la rebeldía campesina (26).

Por otra parte, tal como afirma E. Bradford Burns, las fuentes documentales conservadas en archivos y bibliotecas contiene en su mayor parte, depósitos de libros y papeles de las élites (27). Finalmente a diferencia de los movimientos populares modernos, los movimientos de tipo tradicional no necesitaban ofrecer una explicación de su propuesta puesto que lo que buscaban era el restablecimiento de un orden originario (que los liberales deseaban subvertir). Así la revuelta popular tradicional no requería de textos programáticos, sino que sus objetivos se expresaban principalmente por medio de comportamientos rituales y manifestaciones orales perdidas ya en su mayor parte (28).

E. J. Hobsbawm ha señalado que la integración del campesino en un sistema político tradicional se realizaba por medio de tres elementos ideológicos: "el rey", "la Iglesia" y secundariamente, aunque no siempre de menor importancia, el "protonacionalismo" (29). Todos ellos elementos ambiguos pues por una parte la ideología feudal dominante les confería un determinado contenido, en tanto que para el campesinado representaban igualmente, en forma potencial, estímulos a la rebeldía y a la subversión (30).

En la rebelión campesina de Rafael Carrera aparecen nítidamente estos tres elementos. Aunque a diferencia de lo que ocurría en la España de la primera mitad del siglo XIX, donde los campesinos asimilaban las ideas de rey y de justicia natural, invocando la instancia suprema del monarca cuando se alzaban contra sus opresores concretos, el campesinado en Guatemala guardaba lealtad a la idea de España, en tanto que representante de un orden social que los liberales pretendían modificar, sin ningún beneficio para los campesinos. No es extraño entonces que una vez en el poder Rafael Carrera volviese a implantar la legislación española, a la vez que los colores de la bandera española se agregaron al azul y blanco de la centroamericana.

En lo que respecta a la religión, ésta jugó un rol central en el levantamiento campesino liderado por Carrera. No hay duda que los eclesiásticos —como lo veremos más adelante— tuvieron un papel importante en la insurrección, pero es falso el planteamiento propalado por los liberales de que los curas manipulaban a su gusto a Carrera y a los campesinos. Numerosos testimonios dan prueba de lo contrario (31). Además, el campesinado en armas aceptó en su movimiento aquellos eclesiásticos que realmente se identificaban con los intereses de las masas populares. Los que no buscaban más que su interés personal fueron expulsados y aún perseguidos (32). Por esta razón el historiador debe comprender el rol esencial que los sacerdotes jugaban tradicionalmente en la sociedad campesina. Como dice Jaime Torras, el investigador debe proponerse descubrir los contenidos, sin duda confusos pero tal vez más evocadores de los que se sospecha que estaban detrás de los vivas a la religión.

“Los campesinos que manifestaban tanto integrismo religioso no eran simples títeres de sus intransigentes pastores espirituales; eran hombres y mujeres que ligaban su vida afectiva a un sistema de ritos y valores cuyo eje era la iglesia, en torno a la cual se tejían las relaciones interpersonales dentro de la colectividad aldeana (33).

Es así que el intento liberal por implantar lo que a sus ojos era un avance, el divorcio, el matrimonio civil constituía para el campesinado inquietantes amenazas contra sus estructuras básicas:

“jerarquía familiar, códigos sexuales, etc. —que cimentaban el modo de vida tradicional con tanta o mayor fuerza que los lazos de índole económica u otros. Más que las adversidades de la coyuntura económica y tanto como los efectos de las reformas impuestas por el nuevo régimen, hay que valorar la conmoción que representaba esta agre-

sión ideológica para comprender el sentido de repudio global que tuvo la reacción campesina frente al liberalismo” (34).

Es entonces en este contexto que debe ser entendida la religiosidad del movimiento campesino y que haya sido adoptada la oración “Salve Regina” como el himno de guerra de las fuerzas de Carrera (35). Como señalaba Alejandro Marure en 1838:

“Cantan la salve y otras oraciones místicas y supersticiosas en diferentes horas del día y de la noche; han dado el sobrenombre de “santó” a su primer caudillo; muchos de ellos llevan escapularios, medidas y evangelios; a la vez atribuyen sus derrotas (...) a maleficios o brujerías del enemigo; marchan al cadalso con (...) indiferencia (...) y arrostran la muerte con impavidez, la mayor parte en la suposición de que van a resucitar a su pueblo” (36).

Finalmente en lo que respecta al “protonacionalismo” al que hace referencia E. J. Hobsbawm, éste estaba presente en el movimiento campesino conducido por Carrera. Junto al “Viva la Religión” se unía el grito de “muerte a los extranjeros”. Así un sentimiento nacionalista acompañaba a la emoción religiosa. Como veremos, éste expresaba un repudio a las concesiones de tierra cedidas por el gobierno liberal de Gálvez a compañías de colonización extranjeras, a la vez que un rechazo a la importación de textiles ingleses que arruinaba el artesanado local (37). Aunque también “lo inglés”, representaba a los ojos del campesinado no sólo una amenaza a sus condiciones materiales de vida, sino a su religión, a su modo de vida tradicional. Pero además de este “protonacionalismo”, el movimiento campesino contribuyó igualmente a crear un sentimiento de unidad de intereses entre los indios y los ladinos frente a los blancos (38).

Las observaciones anteriores sirven para guiarnos mejor en la comprensión de cómo el empleo de referencias ideológicas de carácter conservador servía en realidad como catalizador de los movimientos de protesta y de revuelta contra el orden establecido. Para el observador contemporáneo, la utilización del pasado como suministrador de normas ideales e inspirador y justificante de rebeldías puede resultar sorprendente ya que la idea de progreso —producto intelectual asociado al triunfo de la burguesía— nos ha acostumbrado a pensar en términos de un pasado que de manera gradual —por medio de fases— ha ido progresivamente evolucionando y perfeccionándose. No es sino hasta muy recientemente y debido a los desastres ecoló-

gicos en aumento, que la idea de progreso comienza a ser seriamente cuestionada (39).

En los albores del siglo XIX, el evolucionismo progresista se encontraba aún ausente de la mentalidad popular, por lo que el pasado, la tradición, constituía la fuente natural de referencia para la idea de una sociedad más justa (40).

Por otro lado, conviene tener presente que, debido a la ambigüedad ideológica de las revueltas campesinas, su destino quedaba gravemente hipotecado.

Por una parte limitaba sus objetivos y por otra, propiciaba alianzas políticas que los encerraba —en palabras de Torras— en un círculo imposible de romper, que al final los llevaba a reproducir las condiciones que les habían dado origen (41). Así el campesinado se encontraba incapacitado para imponer sus propios intereses al resto de la sociedad. De allí entonces las frecuentes revueltas contra sus aliados políticos (42). En el caso de Guatemala es interesante —como examinaremos posteriormente— destacar cómo, diez años después de la rebelión campesina que derrocó a los liberales del poder, estalló una nueva insurrección, conocida como “la revuelta de los Lucíos”, que planteó reivindicaciones semejantes a las que provocaron la caída de los liberales y que momentáneamente obligaron a Carrera a apartarse del poder. Quizás, en la historia de los movimientos campesinos de América Latina en el siglo XIX, aquel que logró realmente encontrar una dirección política acorde con sus intereses e imponer una dinámica particular a la sociedad fue el experimento de desarrollo autocentrado puesto en marcha en el Paraguay por el caudillo José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840), y continuado por Antonio Carlos López (1840-1863) y Francisco Solano López (1863-1870). Como es sabido, tal experimento social que contaba con el apoyo del campesinado fue interrumpido violentamente por la intervención militar de tres gobiernos liberales; Argentina, Brasil y Uruguay apoyados por Inglaterra, que exterminó el 90% de la población masculina adulta en el Paraguay (43).

LA INSURRECCION DEL CAMPESINADO GUATEMALTECO EN EL CONTEXTO DE LOS GOBIERNOS LIBERALES DE MARIANO GALVEZ Y FRANCISCO MORAZAN.

En 1829, luego de tres años de guerra civil los liberales al mando de Francisco Morazán lograron

derrotar a los conservadores. Inmediatamente iniciaron una persecución política contra los líderes conservadores y contra la iglesia: las órdenes monásticas y el arzobispo de Guatemala fueron expulsados en tanto que las propiedades eclesiásticas eran confiscadas y puestas en venta. No ha sido estudiado de manera sistemática el efecto que tales medidas tuvieron sobre el campesinado, pero considerando que gran número de tierras, propiedades eclesiásticas, eran en realidad ocupadas por campesinos que pagaban rentas moderadas a la iglesia o a las órdenes religiosas, es probable que esta liberalización de la tierra haya repercutido de manera negativa en el campesinado (44).

En 1831 luego de dos gobiernos provisionales, Mariano Gálvez asumió la dirección del gobierno del estado de Guatemala. A diferencia de quienes le precedieron, Gálvez trató de ampliar la base de apoyo de su gobierno ganándose la confianza de algunos de los líderes conservadores, pero al mismo tiempo inició el plan de reformas tendiente a modernizar la sociedad guatemalteca (45). Su legislación como afirma Wortman constituyó el modelo del liberalismo centroamericano durante el siglo XIX (46).

En relación con la agricultura el gobierno de Gálvez estableció una serie de incentivos orientados a fomentar el cultivo de productos de exportación. Aunque el café tuvo un tímido inicio durante su mandato, el producto que adquirió mayor desarrollo fue la grana o cochinilla que pronto llegó a convertirse en el producto básico de exportación en Guatemala durante las siguientes dos décadas. Hacia 1837 las exportaciones de cochinilla se habían triplicado y los cultivos de los nopales fueron extendiéndose en el sudoeste del país, en las regiones de Amatitlán, Antigua, e igualmente en el área que se extiende del pueblo de Cuilapa (antiguamente Cuajinicuilapa) hacia Chiquimula (47). Precisamente en una de las zonas donde el movimiento de Rafael Carrera tuvo mayor apoyo. A finales del gobierno de Gálvez las exportaciones agrícolas de Guatemala se encontraban en expansión: cochinilla, zarzaparrilla, cueros, caoba, cacao, azúcar, café y tabaco se exportaban a cambio de la importación de productos principalmente de origen británico. Pero Gálvez no sólo se interesó en tratar de aumentar la agricultura orientada a la exportación, sino que, siguiendo una idea cara a los liberales latinoamericanos del siglo XIX, intentó igualmente fomentar las compañías de colonización europeas, las que supuestamente traerían cultivadores extranjeros que ayudarían a difundir

las técnicas de la agricultura moderna entre los "atrasados" campesinos de Guatemala (48).

La ausencia de fondos suficientes llevó pronto a Gálvez a establecer una serie de impuestos que cayeron esencialmente sobre los productores directos. Los que causaron mayor descontento en el campesinado fueron la llamada contribución directa, una combinación de impuestos sobre la propiedad agrícola y sobre los ingresos de artesanos y habitantes urbanos y el impuesto de capitación, que no era otra cosa que el viejo tributo que los indios debían pagar durante la época colonial y que había sido suprimido en 1811, vuelto a instaurar después de la restauración de Fernando VII y eliminado otra vez durante la Independencia, especialmente por la resistencia que opusieron los indígenas (49).

Pero además del establecimiento de estos impuestos el gobierno impuso nuevas cargas. Así por ejemplo, en 1834 se creó un impuesto sobre el número de reses sacrificadas en cada pueblo. Por otro lado, el diezmo, gabela eclesiástica existente durante la época colonial y detestada por la población campesina, fue eliminada en 1832, aunque sustituyéndola inmediatamente con un nuevo impuesto territorial. En 1836 el congreso trató de reformar el complicado sistema impositivo, mediante la creación de uno nuevo sobre el valor de todo tipo de propiedades. Pero el gobierno fue incapaz de evaluarlas debido al enfurecimiento del campesinado frente al nuevo sistema de impuestos (50).

Junto al descontento causado por estas reformas tributarias, otros aspectos de la política liberal del gobierno de Gálvez deterioraron también las condiciones de vida del campesinado. El deseo de aumentar las exportaciones y favorecer el comercio con el exterior, se tradujo en una constante importación de textiles británicos que causó la ruina del artesanado local. Los liberales argumentaban que las importaciones resultaban más baratas que los textiles locales, pero ignoraban la importancia que la producción local tenía como fuente de ingresos complementarios del campesinado. Al igual como en Inglaterra donde la mecanización e industrialización de los textiles causó la ruina de miles de tejedores manuales, en Guatemala la importación de textiles británicos destruyó una importante producción textil local de origen colonial. En las regiones de Verapaz, en las tierras altas (Quezaltenango, Huehuetenango) y en la capital se arruinaron los fabricantes de ropa, en tanto que los productores de algodón en las tierras bajas

de la costa del Pacífico sufrían la misma suerte (51).

Al tiempo que ocurría una presión sobre la tierra por parte de importantes familias de la capital, interesados en el desarrollo de cultivos de exportación, los campesinos no sólo veían amenazadas sus propiedades sino igualmente la ruina de sus artesanías debido a la introducción de mercancías británicas. De allí que el campesinado fuese favorable al grito rebelde de "fin al libre comercio y fuera los extranjeros". En octubre de 1834 los tejedores de Guatemala se rebelaron exigiendo poner fin a la importación de textiles británicos. Pero los liberales en el poder hicieron caso omiso a tales demandas. Probablemente las interpretaron como una manifestación más de su ignorancia de las "realidades del mundo moderno". En 1831 no quedaban en la ciudad de Guatemala más que 73 telares, en tanto que había 637 en 1820. En la ciudad de Antigua el retroceso fue semejante: 1.000 telares en 1795 y sólo 100 en 1830 (52).

Por último, pero de trascendental importancia, fue la actitud asumida por el gobierno de Gálvez en relación con la tierra. Ya desde 1825 la asamblea constituyente de la República Federal, considerando que el número de propietarios era escaso y que tal situación era una de las causas del atraso del país, decretó que las tierras baldías podían ser denunciadas y así pasar a propiedad privada, mediante el pago de un precio razonable. Se pensó que la gente que ocupaba la tierra en precario tendría la oportunidad de comprar la tierra. También fue establecido que aquellos poseedores de viejos títulos debían mostrarlos para probar su posesión. Desde la época colonial los pueblos indígenas tenían tierras comunales, los ejidos. En teoría era una legua cuadrada situada alrededor de cada poblado. En la realidad algunos pueblos disponían de más tierra que otros y además los centros de población ladina carecían de ejidos (53). El gobierno decidió entonces hacer una distribución de las tierras ejidales, con el fin de repartir a los pueblos que disponían de pocas tierras aquellas que otros poblados tenían en exceso. Estas disposiciones fueron recibidas con desconfianza por la población pues tanto pueblos como individuos ocupaban tierras sin disponer de títulos y carecían del dinero necesario para adquirirlas legalmente. Por otro lado, la intención del gobierno de distribuir las tierras ejidales condujo a conflictos entre los pueblos, en tanto que individuos de la capital, o ricos hacendados aprovechándose de los decretos sobre tierras baldías, empezaron a apropiarse de las tierras ejidales de los campesinos. A finales de 1831

se concedió un plazo de treinta días para que propietarios y pueblos mostraran y comprobaran los títulos, a la vez que se nombró agrimensores para que procediesen a la medición de las tierras. Pero el mismo Gálvez fue consciente del daño que tales disposiciones causaban en la población, pues como lo informaba en 1831:

“(Las leyes) por medio de las cuales los pobres han sido despojados de sus tierras y con las cuales los ricos han comprado las tierras baldías” (54).

Aunque se amplió el plazo para que los pueblos mostraran sus títulos de propiedad, se dispuso (abril 1834) que las tierras que no estuviesen sancionadas por un título, en un plazo de dos meses pasarían a manos del estado. En diciembre de 1835 fue concedido que aquellos que no tenían títulos para probar la posesión de sus tierras podían adquirirlas pagando la mitad de su valor. Pero el descontento continuó, de manera que en noviembre de 1837 Gálvez declaró que todos los poblados tendrían asegurada una legua cuadrada de tierra como ejido. A pesar de ello, los conflictos se mantuvieron y en la región del oriente del país los choques entre hacendados y campesinos continuaron en torno al problema de la tierra (55). Los pobladores rechazaban el envío de agrimensores para que midieran sus tierras. En 1836 y 1837 estos debían ser escoltados por tropas del ejército y aún así la mayor parte de las mediciones no pudieron llevarse a cabo (56).

Otro aspecto de la política de Gálvez que afectó a los campesinos, especialmente en el oriente de Guatemala, fue la concesión de tierras a compañías de colonización extranjeras. Ya en 1824 el gobierno federal había ofrecido tierras baldías a organizaciones que promovieran la inmigración europea. Pero fue el estado de Guatemala el que favoreció más que cualquier otro la colonización europea. Durante el gobierno de Gálvez fueron firmados tres contratos de colonización: Uno en el noroeste, otorgando tierras en la región fronteriza con Belice, otro en el territorio de Verapaz, cediendo 14 millones de acres a la compañía británica *Eastern Coast of Central America Commercial and Agricultural Company* y por último, la concesión que trajo más problemas, la cesión de grandes extensiones en los departamentos de Chiquimula, Totonicapán y cerca del lago de Izabal a dos socios inversionistas: uno establecido en Guatemala, Carlos Antonio Meany y otro en Belice, Marshall Bennett. Aunque los proyectos de colonización

fracasaron, Meany y Bennett pronto se dedicaron a explotar la corta de caoba en el departamento de Chiquimula. A diferencia de las otras concesiones realizadas en lugares poco habitados, las tierras obtenidas por estos inversionistas —especialmente en Chiquimula— se encontraban en plena zona habitada por indígenas y ladinos. Fue aquí entonces donde la agitación contra los extranjeros adquirió mayor virulencia. Pronto las municipalidades de los pueblos empezaron a elevar sus quejas por las concesiones hechas a los extranjeros. Así por ejemplo, el cabildo de Gualán, en 1834, ponía en duda que los pobladores locales obtuviesen algún beneficio de las supuestas lecciones que los colonizadores ingleses podían ofrecer en materia de agricultura. Al contrario, señalaban, las concesiones de tierra estaban dando lugar al despojo de los ricos depósitos de caoba existentes en la zona.

Muy pronto diversos pueblos de la región empezaron igualmente a protestar: Esquipulas, Quezaltepeque, Chiquimula, San Nicolás, Zacapa, Santa Rosa, Estanzuela y Santa Lucía (57).

Otra serie de factores se unieron para provocar la rebelión campesina de los pueblos de esta región:

El gobierno liberal de Gálvez consideró que el sistema penal heredado de la época colonial era injusto y atrasado en relación con las ideas progresistas del siglo XIX. Así, debido a los esfuerzos del liberal José Francisco Barrundia, a principios de 1837 fue puesto en vigencia un nuevo conjunto de leyes, conocido como el “Código Livingston” (elaborado por Edward Livingston para el estado de Louisiana, E.E.U.U. en 1824, aunque en realidad nunca fue adoptado allí). Lo que para los liberales significaba un gran avance, en la práctica se tradujo en más presiones sobre la población campesina: El código preveía la existencia de celdas separadas para los prisioneros y éstas no existían en las cárceles de los pueblos, entonces se obligó a los pobladores a trabajar forzadamente en la construcción de las nuevas celdas, llegando inclusive a forzarles a vender las tierras comunales para financiar la construcción de las nuevas prisiones (58).

Al tiempo que se obligaba a los campesinos a trabajar en la construcción de cárceles, también fue movilizadada mano de obra de pueblos de la región oriental para fundar un nuevo puerto establecido en la costa del Caribe, bautizado igualmente con el nombre de Puerto Livingston. Algunos indios fueron también entregados a Marshall Bennett para que trabajasen en la explotación de las tierras que le

habían sido concedidas en Chiquimula. Pronto estalló la violencia en el distrito de Chiquimula, en donde los habitantes de diversos pueblos se amotinaron exigiendo la derogación del Código Livingston (59). Al iniciarse el año de 1837 se habían combinado toda esta serie de problemas y la población en el oriente del país se encontraba al borde de la rebelión abierta. Como lo observó un viajero norteamericano en 1838, las reformas de los impuestos y las modificaciones en la organización de la tenencia de la tierra, fueron los principales factores que provocaron la rebelión campesina y la caída de los liberales en Guatemala (60).

Finalmente lo que vino a actuar como catalizador en el desencadenamiento de la rebelión fue la propagación de la epidemia del "cholera morbus" en Guatemala (61). Ya antes de 1837 el gobierno de Gálvez había tomado una serie de medidas encaminadas a impedir la difusión de esta enfermedad cuando —a través de México— la enfermedad golpeó por vez primera en Guatemala. El descontento popular comenzó cuando en algunos pueblos los fondos de emergencia destinados a luchar contra el cólera fueron conseguidos mediante la venta de tierras comunales (62).

A finales de 1836 se supo que la enfermedad se propagaba en Belice y poco después —a partir de marzo de 1837— la epidemia empezó a extenderse rápidamente en Chiquimula y en el distrito de Mita. Fue precisamente en esta región donde causó el mayor número de muertes (63). Los auxilios médicos enviados por el gobierno fueron interpretados como los causantes de la enfermedad, difundiendo entre los campesinos la idea de que los enviados del gobierno estaban envenenando las aguas de los pueblos y que, por lo tanto, eran los verdaderos causantes de la enfermedad. En los poblados de Jumay, Jalpatagua y Santa Rosa el campesinado se amotinó y los funcionarios gubernamentales tuvieron que huir para salvar sus vidas. Así, la epidemia y las medidas tomadas por el gobierno para combatirlas constituyeron la chispa que atizó la hoguera de la insurrección. Pronto los habitantes de las áreas de Santa Rosa y Mataquescuintla empezaron a recoger armas, en tanto que en San Guayabá el pueblo amotinado asesinaba al teniente coronel Juan Martínez (64).

A diferencia de las versiones propaladas por la historiografía liberal, es indudable entonces que el campesinado del oriente de Guatemala tenía razones concretas para sublevarse contra el gobierno liberal de Gálvez. Según el mismo Rafael Carrera, la insurrección empezó en los pueblos de Santa Rosa,

Jumaytepeque, Jalpatagua, Moyuta y Conguaco (65). La revuelta fue iniciada por un incidente ocurrido en el pueblo de Mataquescuinta, donde habitaba Carrera en ese entonces. El 6 de mayo de 1837 el gobernador de esta región se encontraba en dicho pueblo llevando medicinas contra la epidemia. Entonces fue atacado por los habitantes y logró escapar con vida gracias a la intervención de Carrera. Una vez a salvo en Jalapa, solicitó el envío de tropas de la capital con el fin de enfrentar el motín. Los pueblos mencionados decidieron armarse y oponer resistencia a las tropas gubernamentales (66). De acuerdo con el testimonio de Carrera, representantes de estos pueblos solicitaron al de Mataquescuintla unírseles en la rebelión. El cabildo de este pueblo decidió tras larga deliberación, incorporarse al movimiento (67). Carrera debido a su experiencia militar (había participado en la guerra civil de 1826-1829 al lado de los conservadores) y a su relativa importancia en Mataquescuintla (estaba casado con la hija de una familia principal del lugar), recibió el mando de la columna que, junto a los alzados de los otros pueblos, se enfrentaría a las tropas del gobierno. Tanto los habitantes de Mataquescuintla como Carrera mismo tenían razones para oponerse al gobierno ya que —como señala Ingersoll— individuos poderosos de la capital disputaban las tierras de numerosos habitantes de este poblado (68).

El primer encuentro entre las fuerzas del gobierno y los sublevados (alrededor de 80 hombres a caballo) tuvo lugar en la planicie de Ambelis. Los rebeldes eran jefeados por Teodoro Mejía, "propietario y hombre honrado" en palabras de Carrera. Como carecían de conocimientos militares, fueron inicialmente derrotados (69). Entonces Carrera tomó la iniciativa, logrando poner en fuga al enemigo, invirtiendo así el resultado del combate (70). Después de esta batalla el mando de las fuerzas campesinas rebeldes pasó a manos de Rafael Carrera, debido a su capacidad mostrada en la acción militar, aunque Mejía continuó coordinando y haciendo propaganda en favor de la rebelión (71). Pronto otros pueblos se unieron a los sublevados. En Jalapa se propaló la noticia de que el gobierno deseaba envenenar a los habitantes con el fin de quitarles sus pequeñas propiedades, así como arruinar a los artesanos. El descontento y la agitación se extendieron rápidamente en la mayor parte de los pueblos de los distritos de Mita y Chiquimula (72).

Cada pueblo tenía sus propios líderes contando también con la adhesión de bandidos. El movi-

miento tomaba así características muy semejantes a las rebeliones campesinas en otras latitudes, donde el bandidismo social —tal como lo ha definido Hobsbawm— constituía en realidad una forma de lucha contra las clases dominantes (73). La rebelión se extendió inclusive al estado de El Salvador, donde los campesinos indígenas atacaron Zacatecoluca, Cojutepeque y San Vicente, a la sazón capital del estado. Aunque aquí Morazán, contando con eficaces medios militares, aplastó la insurrección (74).

Conviene ahora considerar el papel del clero en el desarrollo de la insurrección. En el siglo XIX tanto las interpretaciones liberales como las conservadoras señalaron que ésta no hubiese podido ocurrir sin el apoyo de la iglesia.

Ya hemos dicho que la religión jugó un papel fundamental como ideología catalizadora de los anhelos de justicia por los cuales combatió el campesinado. No obstante conviene dejar claro que éste no fue en absoluto manipulado por la Iglesia. En realidad, tal como lo ha dejado claramente establecido Ingersoll, ocurrió una división entre, por un lado, la alta jerarquía eclesiástica, que se puso de parte de las clases dominantes, y por otro la adhesión, a título individual, de sacerdotes del bajo clero al movimiento insurreccional (75).

La prensa conservadora tildó a Carrera de "caníbal sediento de sangre humana" y el padre Bernardo Piñol y Aycinema, quien luego fue obispo de Guatemala, llamaba a los hombres liderados por Carrera:

"una turba incontrolable que invoca el sagrado nombre de la religión (...) y en su nombre comete los crímenes más repugnantes" (76).

El campesinado inició entonces la rebelión independientemente de una supuesta incitación por parte del clero. Aquellos sacerdotes que se unieron a la lucha lo hicieron animados por su voluntad personal. Muchos eran clérigos de parroquias pobres que veían al alto clero como un aliado del orden establecido, alejado de los intereses de sus pobres parroquianos. Sacerdotes como Francisco Aqueche, cura párroco de Mataquesuintla, Rosa Aguirre de Cuajinicuilapa, Francisco González Lobos de Santa Rosa, pelearon al lado de sus feligreses. Los dos primeros murieron mártires de la causa, pero no fueron los únicos que apoyaron a Carrera. El papel de los sacerdotes fue entonces fundamental como propagandistas, informantes y abastecedores de las fuerzas de Carrera, a la vez

que contribuyeron a la unificación ideológica del movimiento (77). Pero es claro que no todos asumieron la misma actitud y los campesinos supieron distinguir entre quienes estaban de su parte y quienes en realidad no eran otra cosa que sus explotadores. Así, por ej. G. W. Montgomery encontró en 1838 a un sacerdote, cura párroco del pueblo de Tocoy, en el distrito de Chiquimula, huyendo de las fuerzas de Carrera, en tanto que el francés Alfred de Valois dice en su narración: "los indígenas no son tan fanáticos en relación a los curas y al formalismo católico" y que los indios le dijeron que los sacerdotes eran a menudo "duros amos que hacían comercio con los sacramentos" (78). Por esta razón los campesinos exigían que en sus parroquias se nombraran sacerdotes que realmente sirvieran a los intereses de la comunidad.

Por un lado, entonces, no debe dejar de tenerse en cuenta el papel que desempeñó la religión como ideología de la cual se sirvió el campesinado para cohesionar su movimiento y como fuente de normas para enfrentar lo que representaba el liberalismo, tanto como agresión a sus condiciones materiales de vida como a las estructuras básicas que cimentaban el modo de vida tradicional. Pero este entendimiento de la religión como ideología no debe confundir. La insurrección no fue promovida por el clero conservador.

Iniciaba la insurrección, ésta se extendió rápidamente. La asamblea del estado dominada por los liberales decretó que los rebeldes capturados en armas serían fusilados, en tanto que las áreas rurales fueron puestas bajo el mando de comandantes militares (79). Gálvez percibió que la revuelta era algo más grave que un simple motín contra las medidas tomadas para combatir el "cholera morbus" como pensaban muchos políticos liberales, lo que lo llevó a adoptar una política conciliatoria. Así, el 22 de junio decretó una amnistía para los campesinos que depusieran las armas y regresasen a sus casas (80).

A pesar de las medidas anteriores el movimiento continuó extendiéndose. No hay duda que el liderazgo ejercido por Carrera fue fundamental en la propagación de la revuelta, desarrollando esencialmente una guerra de guerrillas en territorio montañoso, eludiendo mayores enfrentamientos con el grueso del ejército.

Gracias a la habilidad militar de Carrera y su carisma, sus hombres lograron continuar la lucha, contando siempre con el apoyo de la población indígena, la que, como señala el viajero norteamericano John L. Stephens constituía la base de la

fuerza del caudillo (81). Este, gracias a su personalidad e inteligencia ejercía una gran autoridad sobre los indios y al igual a otros líderes de revueltas populares campesinas, sus seguidores le atribuyen poderes mágicos y religiosos. Se hablaba de él como "El Rey de los Indios", o "El Angel Rafael" enviado del cielo para defenderlos de los liberales y extranjeros "herejes". Se difundió igualmente la idea de que la Virgen María le había entregado una carta por medio de la cual lo autorizaba a dirigir la rebelión (82). Le llamaban también "El Hijo de Dios" y "Nuestro Señor" (83).

A finales de 1837 la rebelión había aumentado considerablemente. Carrera lanzó diversos ataques sorpresivos a varios pueblos de la región oriental huyendo cuando aparecían las tropas gubernamentales (84).

En tanto la insurrección en las áreas rurales tomaba cada día más fuerza, en la capital los liberales se dividieron en dos facciones: Gálvez consciente de la gravedad de la situación trató de echar atrás las leyes puestas en vigencia con el Código Livingston. Pero otro grupo de liberales encabezados por José Francisco Barrundia y con el apoyo de Morazán (presidente de la Federación) adoptó una posición intransigente, especialmente en lo relativo a cualquier modificación del Código (85). De esta forma la élite urbana se fraccionó en distintas banderías políticas. En las zonas rurales ocurrió exactamente lo contrario: el campesinado dividido tradicionalmente en "indios" y "ladinos" hostiles los unos a los otros, empezó a actuar de manera unificada bajo el liderazgo de Carrera, comprendiendo la identidad de sus intereses y el común antagonismo con los de la élite (86). Por eso en la capital algunos llegaron a temer que la revuelta se convirtiera en una verdadera "guerra de castas", en la que indios y ladinos tratarían de exterminar a sus explotadores tradicionales: los "blancos" (87).

Debido a la insurrección, Gálvez pronto se vio enfrentado a una crisis financiera. A finales de 1837 el déficit del Estado se calculaba en 150.000 pesos en tanto el gobierno debía invertir cada vez más recursos en el presupuesto militar (88). Al mismo tiempo, la inseguridad en los caminos —especialmente en la ruta hacia el Caribe que cruzaba el distrito de Chiquimula— influyó negativamente en las exportaciones, lo que agravó la dificultad financiera del Estado. El gobierno se vio obligado a reinstaurar el impopular impuesto de capitación, eliminado durante la epidemia del "cholera morbus", a la vez que intentó establecer un prés-

tamo forzoso sobre los propietarios, que provocó un aumento de la oposición a su gobierno (89). Gálvez buscó entonces el apoyo de los conservadores, nombrando a uno de sus máximos representantes —Juan José Aycinena— como ministro de guerra y justicia (90). No obstante la agitación social continuó. Pronto la rebelión campesina adquirió gran fuerza y en la capital la crisis política se agudizó. Barrundia intentó una alianza con Carrera, convencido de que podría manipularlo.

A principios de 1838 la facción de Barrundia formó un gobierno aparte en Antigua, que fue reconocido por varios departamentos, en tanto los conservadores anteriormente asociados con Gálvez le quitaban su apoyo. Este se quedó entonces sólo, Morazán no quiso intervenir y el cabildo de la ciudad de Guatemala se disolvió para demostrar su descontento con Gálvez (91).

A finales de enero de 1838, los liberales de Antigua exigieron la renuncia de Gálvez, amenazando con atacar Guatemala. Barrundia solicitó permiso a Morazán para tratar con Carrera, pero el comandante de las fuerzas militares de Antigua se le adelantó, entrando en negociaciones con el padre Mariano Durán, uno de los consejeros de Carrera. Como señala R. L. Woodward, este militar, con tal de conseguir de cualquier manera la alianza con Carrera, acordó entonces abolir el Código Livingston, disminuir el anticlericalismo aceptando también que el caudillo asumiera el mando supremo de las fuerzas militares encargadas de atacar la capital. Por supuesto, con este pacto entre el grupo de Barrundia y las fuerzas de Carrera, el gobierno de Gálvez quedaba prácticamente liquidado. Pero igualmente, las condiciones aceptadas por los seguidores de Barrundia sellaron la suerte de esta facción (92).

Gálvez renunció el 28 de enero y el último día de ese mes las fuerzas de Carrera irrumpieron en la capital (93).

John L. Stephens, quien llegó a Guatemala poco después de ocurridos estos acontecimientos, narra de esta forma el ingreso de Carrera y sus hombres, tal como lo observó un testigo desde el tejado de una casa:

"Llenando las calles todos con ramas verdes en los sombreros parecían a cierta distancia, un bosque en movimiento, armados con mosquetes oxidados, viejas pistolas, escopetas, algunas con gatillo y otras sin él, palos con forma de fusiles; macanas, machetes y cuchillos amarrados en las puntas de largos palos. Engrosaban las filas dos o tres mil mujeres con sacos y alforjas para llevar el botín del saqueo prometido (...) Entraban todos a la plaza gri-

tando: Viva la religión y muerte a los extranjeros. El mismo Carrera atónito ante la muchedumbre que había puesto en movimiento estaba tan embarazado que no podía guiar su caballo (...). El traidor Barrundia (...) cabalgaba al lado de Carrera en su entrada a la plaza.

A la oración toda la multitud entonó la Salve o himno a la Virgen.

El grueso de voces humanas llenando el aire, hacía temblar el corazón de los habitantes de la ciudad" (94).

A pesar de la entrada desordenada de esta masa de capesinos, Carrera logró restablecer el orden y a diferencia de lo que había ocurrido en 1829, cuando las tropas de Morazán saquearon la ciudad de Guatemala, las propiedades de los habitantes de la capital fueron respetadas (95). Carrera se conformó entonces con conseguir su objetivo principal: derrocar el gobierno de Gálvez y recibir la de que se pondría fin a los excesos liberales. Pocos días después evacuó la ciudad llevándose 11.000 pesos para el pago de sus tropas, así como 2.000 fusiles nuevos que Gálvez mantenía en los sótanos del Palacio Arzobispal, donde se encontraba el despacho de su gobierno (96). Marchó hacia Mataquescuintla, ahora con el título de teniente coronel y con el mando militar del distrito.

En Guatemala se formó entonces un nuevo gobierno a cargo del vice-jefe del estado Pedro de Valenzuela, más aceptable para Barrundia. Pero la situación política continuaba siendo inestable. Gálvez contaba aún con partidarios en la Asamblea, en tanto que los conservadores empezaban a adquirir fuerza debido a la actitud proclerical de Carrera. Al mismo tiempo, los departamentos de los Altos (Quezaltenango, Sololá y Totonicapán) aprovechando la situación se separaron del estado de Guatemala, decretando la formación del sexto estado de la República, el estado de los Altos (97).

Uno de los primeros actos de la nueva Asamblea fue la abolición del Código Livingston, creyendo así cumplir con las demandas de Carrera y aplacar el descontento rural. A pesar de ello pronto se declaró de nuevo la hostilidad entre el gobierno y el movimiento encabezado por Rafael Carrera (98).

Barrundia había confiado en controlar a Carrera, dudando además que éste tuviese la fuerza suficiente para oponerse a un gobierno unido. Pero los acontecimientos evolucionaron de manera muy diferente a lo que él esperaba (99). En la región oriental, Carrera estaba molesto por la lentitud con que se despachaban sus reivindicaciones a la vez que continuaba el descontento popular en contra del gobierno, todavía en manos de liberales. En la

capital el partido conservador adquiría cada vez más fuerza. De esta forma, Barrundia acosado políticamente presionó a Valenzuela para que éste decretara la represión contra Carrera y su movimiento, a la vez que solicitaba apoyo a Morazán, presidente de la República Federal (100).

A mediados de marzo de 1838, Morazán al mando de 1.000 soldados salvadoreños penetró en el estado de Guatemala, marcando una nueva etapa en la lucha del movimiento campesino (101).

La entrada de soldados salvadoreños en territorio guatemalteco no hizo más que aumentar la determinación de los rebeldes. Todavía estaba vivo en la memoria de la población del oriente del país las exacciones cometidas por las tropas de Morazán, que en 1828 devastaron la zona comprendida entre Zacapa y Gualán, con el fin de privar a los conservadores de Guatemala del control de la ruta que ligaba su capital con los puertos caribeños (102).

Una comisión intentó negociar con Carrera, quien rechazó de plano cualquier transacción con Morazán; entonces el distrito de Mita fue declarado bajo ley marcial ofreciendo Morazán una última amnistía, anunciando que Carrera como otros líderes tendrían que ir a juicio. La respuesta de éste no se hizo esperar; poco después 300 de sus hombres al mando de un célebre bandido de la región, "Sarco Gallo", atacaron la población de Jutiapa, en tanto que un hermano de Carrera, Laureano, saqueaba la importante "Hacienda San Jerónimo", antigua posesión de los dominicos en Verapaz, que después de expropiada había pasado a manos de los socios Meany y Bennett, los mismos que habían adquirido concesiones de tierra en Chiquimula (103).

Morazán ataca poco después con sus tropas a Carrera en Mataquescuintla, quien elude el combate escapando hacia las montañas con sus hombres. Al regresar Morazán a la ciudad de Guatemala, el gobierno le concede el mando de las fuerzas militares del estado con el fin de que acabe con la rebelión.

Poco después Carrera reinicia sus ataques, son blanco favorito las haciendas de los grandes propietarios. Tal como lo narra el viajero G. W. Montgomery:

"Su práctica era abstenerse de tocar las personas o propiedades indígenas o de los blancos más pobres y respetar a los curas. Pero las haciendas de los ricos eran atacadas y saqueadas, los ricos en los pequeños poblados eran obligados a entregar fuertes contribuciones; los extranjeros que

caían en sus manos eran muertos sin piedad y los viajeros imprudentes detenidos y despojados de todo" (104).

Morazán recluta más hombres para incrementar el ejército e intensifica la represión. En la región oriental sus tropas saquean los poblados sospechosos de apoyar a Carrera. El suegro de éste fue fusilado sin juicio y su cabeza expuesta en una picota, lo cual no hizo más que atizar la rebelión (105). El gobierno difundía bandos como el siguiente:

"La persona o personas que entreguen al criminal Rafael Carrera, muerto o vivo (sino se presenta voluntariamente conforme al último perdón) recibirá una recompensa de 1.000 pesos y dos caballerías de terreno más el perdón de cualquier crimen que hubiese cometido" (106).

A finales de junio de 1838 luego de cuatro meses de perseguir a Carrera, Morazán regresó a El Salvador. Aunque en la mayoría de los combates los soldados de Morazán derrotaron a los guerrilleros, Carrera pudo siempre escapar reunificando a sus hombres, continuando su táctica de hostigamiento incesante. Morazán fue incapaz de acabar con su enemigo debido a la diferencia en que ambas fuerzas estaban organizadas. En tanto el primero dependía de un ejército reclutado por medio de paga y necesitaba un presupuesto militar en constante aumento, los hombres de Carrera peleaban como voluntarios, ya que combatían esencialmente por la defensa de su supervivencia como campesinos. El cónsul británico Frederick Chatfield vio claramente esta situación, como se puede observar en su siguiente informe, fechado en agosto de 1838:

"...las dificultades con las que el gobierno federal debe luchar (...) son inexistentes para sus oponentes. Carrera no tiene que pensar en cómo reclutar o pagar sus hombres que acuden a él como voluntarios, para quienes la vestimenta es un estorbo y para quienes una tortilla de maíz, unos pocos frijoles negros, o un puñado de plátanos proveen suficiente sustento; él no puede reunir muchos mosquetes, es verdad, pero en su lugar los cuchillos, hachas y picas de su pueblo son instrumentos formidables cuando se unen en una multitud" (107).

Por otra parte, como señala Ingersoll, los hombres de Carrera podían desaparecer en el campo ante la presencia de los soldados de Morazán, regresando a sus parcelas a sembrar o recoger sus cosechas (108). Alejandro Marure lo expresa así en 1838:

... "ocultan sus armas cuando los amenaza una fuerza superior, y vacan tranquilamente a sus ocupaciones rurales;

de manera que es casi imposible distinguir al pacífico labrador del bandido y sedicioso" (109).

Por esta razón las tropas gubernamentales eran incapaces de controlar el movimiento. En ese mismo año el cónsul norteamericano decía:

"Excepto en las ciudades y los pueblos grandes, el General Morazán no domina más terreno del que puede controlar con sus tropas" (110).

En la capital el faccionalismo continuaba dominando la escena política. A finales de julio renunció Valenzuela a la presidencia, asumiendo el mando interinamente el Dr. Mariano Rivera Paz, quien trató de conciliar los partidos así como restablecer la paz mediante la satisfacción de las reivindicaciones exigidas por los rebeldes. Se aprobó la amnistía a favor de los conservadores y de las órdenes religiosas expulsados en 1829. Se revocaron las leyes sobre el matrimonio civil y el divorcio, a la vez que el impuesto de capitación fue reducido a la mitad. Con la aprobación de la ley de amnistía regresaron la mayoría de los líderes conservadores (111).

A pesar de las disposiciones tomadas por el gobierno con el fin de aplacar a los rebeldes, las acciones guerrilleras continuaron y a principios de agosto el gobierno decretó la "guerra total" contra la insurrección (112). La iglesia se unió a esta cruzada contra los rebeldes. A fines de agosto, el vicario general del arzobispado de Guatemala publicó una exhortación a los habitantes de los pueblos que: "engañados y seducidos, hacen la guerra a sus hermanos" (...) "para que no se dejen engañar con falsos pretextos de religión" (113). De acuerdo con Ingersoll, para los conservadores Carrera constituía la amenaza más importante y el miedo a los campesinos rebeldes fue lo que determinó su política de alianzas. De allí el que intentasen un acuerdo con Morazán, su enemigo "natural" (114). Frente a la insurrección popular la élite tradicional trató entonces de unirse a los liberales, a pesar de que éste bloque político se oponía a sus propios intereses. En cierto modo, privó en ellos el "instinto de clase" cuando fueron conscientes del peligro que representaba el campesino en armas. Pero Morazán rechazó cualquier acuerdo con sus adversarios ideológicos (115).

Mientras tanto, las fuerzas de Carrera desplegaban una serie de exitosas operaciones militares y el 9 de setiembre ocuparon la ciudad de Antigua. En un acto típico de las rebeliones populares, los

archivos gubernamentales fueron quemados, se liberó a los presos de las cárceles y se exigieron fuertes contribuciones a los ricos de la ciudad, en tanto que los bienes de los pequeños tenderos fueron respetados (116). Dos días después, en Villa Nueva, Carrera fue sorprendido por las tropas gubernamentales, sufriendo los rebeldes el peor revés de toda su campaña. Al menos 400 guerrilleros perecieron en el combate, perdiendo también gran cantidad de armas y la artillería que habían obtenido en los ataques realizados en Antigua, Jalapa y Petapa. Los sacerdotes rebeldes Mariano Durán y Rosa Aguirre cayeron en manos del ejército gubernamental, en tanto que Carrera herido seriamente en una pierna escapó con la ayuda del padre Francisco González Lobo, "mayor general del ejército libertador" (117). Escondiéndose y recuperándose en las montañas, Carrera pudo en pocas semanas reunificar sus hombres y formar un nuevo ejército rebelde, mostrando un increíble ingenio para sobrevivir (118).

A pesar de la derrota de Carrera en Villa Nueva, los habitantes de la capital temieron la recuperación de los rebeldes por lo que de nuevo los grandes comerciantes de Guatemala ofrecieron contribuir con 150.000 pesos, para financiar los gastos militares de Morazán. En noviembre, luego de varios ataques a poblaciones salvadoreñas, Carrera fue enfrentado y derrotado otra vez en Chiquimulilla, aunque logró escapar iniciando al poco tiempo nuevos ataques en las regiones de Chiquimula y Verapaz (119).

A finales de 1838 el general Agustín Guzmán, jefe de las fuerzas liberales del estado de los Altos, firmó un tratado de paz con Carrera, luego de que sus tropas lograron cercarlo en las llanuras de Rinconcito, cerca de la capital. De acuerdo con Woodward, Carrera aceptó este convenio con el fin de ganar tiempo. Según lo pactado debía entregar las armas y reconocer al gobierno de Guatemala a cambio de su restitución como comandante militar de Mita (120). En realidad devolvió sólo unos viejos mosquetes y se trasladó a Mataquescuintla con el fin de reorganizar su fuerzas.

En la capital la lucha entre las facciones políticas alcanzaba su paroxismo. Ante la aparente pacificación del movimiento campesino, Morazán destituyó al presidente Rivera Paz nombrando en su lugar al general Carlos Salazar, quien había dirigido las tropas que derrotaron a Carrera en Villa Nueva. Dejando a Salazar como jefe del estado de Guatemala, Morazán se sintió así seguro para regresar hacia El Salvador. Pero la intervención de Mo-

razán en la política interna de Guatemala causó gran descontento. Rivera Paz lo acusó de usar métodos dictatoriales y los conservadores intentaron entonces acercarse a Carrera con el fin de promover la caída de Salazar. Tal como había ocurrido un año atrás, cuando Barrundia trató de aliarse con Carrera para buscar la caída de Gálvez, ahora los conservadores trataban de lograr el apoyo de Carrera para deshacerse de los liberales (121).

Una serie de acontecimientos favorecieron la alianza de los conservadores con Carrera y el futuro ascenso de éste al poder.

Es indudable que la brusca intromisión de Morazán en los asuntos políticos del estado de Guatemala convenció a los conservadores y a la jerarquía eclesiástica que la barrera ideológica que los separaba de los liberales era obstáculo más difícil de franquear que la supuesta homogeneidad de intereses frente a la insurrección campesina. En realidad, el ascendiente político conservador durante el gobierno de Rivera Paz, se debía esencialmente a la presión de la revuelta campesina. Esta, carente de un proyecto político propio, no deseaba otra cosa que una vuelta a las condiciones anteriores, es decir a la situación política precedente a las reformas liberales instauradas durante la administración de Gálvez. El programa de Carrera no hacía otra cosa que favorecer objetivamente al partido conservador. Dos de sus puntos de manera explícita coincidían con los intereses conservadores: la amnistía para todas las personas exiladas en 1829 y el regreso del arzobispo junto con la restitución de las órdenes religiosas (122). Por supuesto que este programa político no fue resultado de la "infiltración" conservadora en el movimiento campesino, sino más bien consecuencia de la falta de claridad programática en el movimiento rebelde. Como ocurre generalmente en este tipo de insurrecciones, había una verdadera ausencia de dirección política que guiase sus reivindicaciones y los representase de manera efectiva (123). Aunque —como veremos— Carrera intentó, una vez en el poder, defender los intereses populares frente a las pretensiones de los conservadores y de la jerarquía eclesiástica.

Así, la fuerza del partido conservador en la capital provenía esencialmente de la insurrección campesina. Pero estos políticos, más conscientes de sus intereses de clase y pragmáticos, se acercaron a Morazán con el fin de derrotar al campesinado en armas y devolverlo a su rol subordinado tradicional. Fue el obtuso rechazo de Morazán a esta actitud conciliatoria y su intromisión en la política interna de Guatemala, destituyendo a Rivera Paz,

lo que llevó a los conservadores a tratar de unirse con Carrera, al "indio" como despectivamente le llamaban (124).

Otros acontecimientos en el ámbito centroamericano llevaron también a los conservadores a modificar su política de alianzas: A principios de 1839 Costa Rica y Honduras se separaron de la Federación en tanto Nicaragua y Honduras firmaron un tratado para acabar con Morazán. A principios de marzo, Francisco Ferrera, comandante de armas de Honduras envió un comunicado a Carrera invitándole a unirse en la guerra contra Morazán. Aunque Carrera rechazó la petición, emitió un pronunciamiento desconociendo al general Salazar como jefe del estado de Guatemala, denunciaba la "tiranía de Morazán" y poco después reasumía las actividades guerrilleras (125).

En la capital los conservadores decidieron actuar rápidamente. Enviaron un cura a Mataquecuintla con el fin de entablar conversaciones con Carrera. El vicario capitular (que anteriormente atacaba a Carrera con sus proclamas) pedía ahora al caudillo que ayudara a la "restauración de la paz" (126).

Establecido un acuerdo entre los conservadores y Carrera, éste se dirigió a la capital ocupándola sin encontrar mayor resistencia. Morazán se había llevado el grueso del ejército del estado hacia El Salvador, en tanto las tropas liberales del general Guzmán habían partido ya hacia los Altos. En Guatemala sólo se encontraban entonces los hombres de Salazar quien prácticamente entregó la fortaleza de la ciudad sin combatir (127). De esta forma, el 13 de abril de 1839 Carrera y sus hombres ingresaron por segunda vez a la ciudad de Guatemala. Dirigiéndose Carrera directamente a la casa del Dr. Rivera Paz lo restituyó en la presidencia (128).

Con el ingreso de Carrera a Guatemala los conservadores restablecieron su fuerza política. Pero su dominio no fue absoluto pues tuvieron que aceptar las exigencias de Carrera y del campesinado que lo apoyaba. Inclusive, como señala Ingersoll, pronto llegaron a temer y lamentar el poder que habían desatado (129). Carrera fue ascendido a comandante de las fuerzas armadas del estado en tanto que muchos de los jefes del ejército guerrillero fueron convertidos en oficiales y jefes de distritos militares. Mientras tanto, los liberales huyeron hacia Quezaltenango, la capital del estado de los Altos (130). Así, durante los meses que siguieron al ingreso triunfal de Carrera, éste, con su ejército campesino se impuso sobre los políticos conservadores, de quienes desconfiaba. Estos a su vez

dependían de Carrera para acabar con la amenaza liberal.

Pocos días después de la entrada de Carrera a la capital, el reinstaurado jefe del estado, Rivera Paz, declaró a Guatemala libre, soberana e independiente separándola así de la Federación. A finales de año el jefe de gobierno pasó a ser presidente, asumiendo las funciones de velar por la independencia y soberanía del territorio, así como del manejo de las relaciones internacionales con otros estados (131).

Uno de los problemas cruciales que tuvo que enfrentar el nuevo gobierno fue el del estado de los Altos. Este se había separado de Guatemala en febrero de 1838 y constituía un baluarte del liberalismo y un aliado de Morazán. Estaba integrado por Quezaltenango, Totonicapán, Sololá, Huehuetenango, San Marcos, Retalhuleu y partes de Suchitepequez y el Quiché (132). Aquí al igual que en el oriente de Guatemala existían serios conflictos relacionados con la propiedad, enfrentándose las comunidades indígenas a latifundistas que intentaban apropiarse de sus ejidos (133).

Los liberales favorecieron claramente a estos últimos y muy pronto estalló la agitación campesina indígena. En octubre de 1839 se sublevó la población de Santa Catarina Ixtaguacán y el gobierno de los Altos respondió enviando tropas que la reprimieron duramente, causando la muerte de al menos cuarenta indígenas. Para los liberales de los Altos, la resistencia de los indios al establecimiento de fuertes impuestos, así como la defensa de sus tierras comunales, fueron interpretados como una consecuencia de los "hábitos, la rutina, y la escasa inteligencia" de los indios que se solucionaría mediante la imposición del orden y la paz (134). Pronto el descontento se extendió a otros pueblos. De esta forma, tanto para Carrera como para los conservadores la ocasión era propicia para un ataque a los aliados de Morazán. Dividiendo sus fuerzas en dos columnas, Carrera arremetió contra las tropas del estado de los Altos en enero de 1840. Los indígenas se sublevaron casi inmediatamente contra el gobierno, dando su apoyo a Carrera, quien fue recibido por los indios de Quezaltenango como su liberador (135) Carrera, eliminó el impuesto personal, prometiendo también una tributación moderada y resolver los problemas de la tierra. A finales de febrero el estado de los Altos dejó de existir y su territorio fue reintegrado a Guatemala (136).

La derrota de los liberales en Quezaltenango decidió a Morazán a intervenir en Guatemala. Parte de su ejército había sido derrotado recientemente

por tropas combinadas de Honduras y Nicaragua; Morazán temía que Carrera se uniera con ellos, para prevenirlo prefirió atacar. El 7 de marzo cruzó la frontera al mando de 1.400 soldados. El presidente Rivera Paz encargó la defensa de la capital a Rafael Carrera. Este era en realidad el único capaz de salvar la ciudad (137). Poco después salió con 900 hombres colocándose en el sitio de Aceituna, a legua y media de Guatemala, en tanto dejaba una fuerza de 500 hombres defendiendo la plaza central. De esta forma Carrera tendió una trampa a Morazán, quien el 18 de marzo entró a la ciudad, conquistando la plaza sin mucha dificultad. Entonces Carrera contraatacó reforzado con el apoyo de los indios de los pueblos de los alrededores. Morazán y su ejército quedaron completamente rodeados en la plaza. Un año atrás había sido recibido con vítores en Guatemala, cuando se le juzgaba el único capaz de vencer la insurrección campesina. Ahora los conservadores estaban de parte de Carrera y Morazán considerado el enemigo principal (138).

El combate alrededor de la plaza se mantuvo durante unas 23 horas siendo interrumpido solamente al caer de la tarde, cuando la enorme multitud que atacaba a Morazán se detuvo a cantar el "Salve Regina", seguido del grito: "¡Viva la religión, ¡Viva Carrera, ¡Muera Morazán!" (139). En la noche del 19 de marzo, escaso de municiones y enterado de que Carrera esperaba nuevos refuerzos de Chiquimula y Verapaz, Morazán forzó la salida de la plaza con alrededor de 500 hombres, emprendiendo la huida hacia El Salvador (140).

Carrera envió parte de su ejército a ocupar Sanseón y San Salvador, en tanto las fuerzas combinadas de Honduras y Nicaragua avanzaban hacia San Salvador. Morazán escapó entonces hacia Panamá y luego al Perú. Sus días terminaron en 1842, cuando, luego de ocupar brevemente el poder en Costa Rica fue fusilado en la capital de este país después de ser derrocado por una insurrección popular (141).

La derrota de Morazán acabó con la república federal y dio principio al ocaso de los liberales en Centroamérica durante un largo período.

En Guatemala, el triunfo de Carrera inició una transformación política. Aunque los conservadores tuvieron de nuevo preeminencia, era evidente que Carrera y el movimiento campesino se convirtieron en una fuerza que los políticos tradicionales no podían ignorar ni tampoco manipular fácilmente. La forma expedita en que el caudillo se comportó con los liberales de Quezaltenango, que se sublevaron

creyendo que Morazán había triunfado en la capital, les hizo tomar conciencia del poder de Carrera: el alcalde primero de la ciudad de Quezaltenango y 17 miembros del cabildo fueron pasados por las armas sin juicio alguno. Por otra parte, la derrota de Morazán en Guatemala fue obra exclusiva del ejército campesino de Carrera (142).

Así comenzó una nueva era en Guatemala que se caracterizó por la existencia de dos poderes; por un lado la iglesia y la élite política conservadora que al principio detentó los órganos de gobierno y por otro Carrera, controlando el ejército y apoyado por el campesinado.

LA EVOLUCION POLITICA Y ECONOMICA DE GUATEMALA DESPUES DEL TRIUNFO DE CARRERA:

El régimen instaurado en Guatemala después de la expulsión de Morazán fue de carácter conservador, aunque de naturaleza diferente a los anteriores gobiernos elitistas. Ideológicamente predominó la religión católica a la vez que el marco institucional del período de dominación hispánica sirvió de base al nuevo orden jurídico establecido (143). Lo que quedaba del programa liberal de Gálvez fue eliminado completamente (144).

La ausencia de un claro programa político en el movimiento campesino liderado por Carrera permitió que los conservadores establecieran de nuevo su preponderancia. En realidad tal como en la mayoría de las revueltas campesinas, Carrera carecía de un proyecto social alternativo que le permitiera reivindicar una organización del conjunto de la sociedad acorde con intereses estrictamente campesinos. Como señala Kostas Vergopoulos, lo que el campesino exige esencialmente es la sobrevivencia de sus cultivos en el nivel local, no la transformación del conjunto de la sociedad (145). La insurrección dirigida por Carrera no pretendía entonces orientar la sociedad en una vía diferente, sino defenderse de la agresión que el liberalismo había provocado a su modo de vida tradicional.

Por otro lado, la larga lucha contra las tropas gubernamentales y la derrota de Morazán a manos del ejército campesino de Carrera, hizo que éste tomara conciencia de su poder y que intentara usarlo para defender al campesinado de los políticos tradicionales y de la jerarquía eclesiástica. Estos últimos, sacando ventaja de su dominio ideológico y del restablecimiento del orden jurídico colonial, buscaban reinstaurar sus antiguos privilegios. Carrera fue un hábil político y trató de obte-

ner provecho de las querellas existentes entre los políticos conservadores, así como entre éstos y los liberales moderados que tuvieron participación en el gobierno. De esta forma logró mantener cierta independencia (146). Aunque Carrera dominaba el nuevo ejército del estado y muchos de los jefes de la insurrección ocupaban puestos en éste o bien fueron nombrados comandantes de distritos, a fin de cuentas la mayor parte de los campesinos que participaron en el movimiento regresaron a sus parcelas. No existió entonces una estructura organizativa defensora de los intereses campesinos, lo cual es explicable considerando la naturaleza misma que tuvo el movimiento: ausencia de textos programáticos, defensa del modo de vida tradicional. Es claro que el campesinado tenía conciencia de su sometimiento al dominio de las élites urbanas, pero carecía de un proyecto político propio alternativo para la toma del poder (147).

Las medidas adoptadas por Carrera para defender a los sectores populares emanaron entonces de su propia iniciativa y de las presiones que periódicamente recibía de parte de representantes de los pueblos, quienes se dirigían a su persona considerándolo el único capaz de resolver sus problemas (148).

Después de la entrada de Carrera a la capital, el 13 de abril de 1839 se inició entonces lo que diversos autores han denominado como "la era del caudillismo" (149), caracterizada al principio por la heterogeneidad de los intereses en presencia: Carrera y sus tropas; los conservadores y la iglesia, así como políticos liberales que ocuparon puestos en la asamblea del estado (150).

Una de las primeras disposiciones establecidas por el nuevo gobierno, fue el restablecimiento de la legislación colonial, las "Leyes de Indias", por medio de la cual se intentó proteger a la población campesina indígena, considerada por estas leyes como un grupo aparte que requería de protección frente a los otros sectores de la sociedad (151). Originalmente estas leyes establecían que los indios pagasen tributo pero este impuesto personal fue eliminado (152).

De gran importancia para el campesinado indígena fue la restitución de las tierras ejidales así como la renovación del control de sus asuntos comunales (153). Aunque como veremos, los problemas relacionados con la tenencia de la tierra no fueron resueltos de manera satisfactoria para todos los campesinos.

Carrera fue también sensible a las consecuencias negativas derivadas de la importación de textiles

ingleses sobre el artesanado local. En 1839 los tejedores se quejaron del libre comercio. Aunque la asamblea ignoró las peticiones, pues buen número de sus miembros provenían de familias de mercaderes, Carrera atacó entonces al gobierno en una serie de manifiestos en los que presentó al libre comercio como uno de los principales problemas económicos que afectaban a los sectores populares. A pesar de que la asamblea mantuvo su posición, en noviembre de 1840 fue finalmente aprobada una ley limitando la importación de aquellos artículos extranjeros que podían competir con los guatemaltecos (154).

Otro conflicto entre Carrera y el gobierno ocurrió a raíz del restablecimiento del diezmo. Este fue instituido nuevamente por la asamblea en diciembre de 1839 y Carrera se opuso tenazmente a su aplicación considerando que causaba perjuicio a los campesinos. Pero no pudo imponerse y al final la Iglesia logró la imposición de esta gabela (155). Lo mismo ocurrió en relación con los días dedicados a festividades. En tanto el gobierno trató de eliminar varios de estos días festivos debido "al daño económico que en el campo provocaban los días de reposo", Carrera se opuso señalando que su eliminación iba en contra de las tradiciones populares, logrando en este caso imponer su punto de vista (156).

Carrera se preocupó también de rebajar o eliminar otros impuestos que pesaban sobre los sectores populares. Así el impuesto sobre la producción de maíz establecido durante la administración de Gálvez fue eliminado, en tanto que el impuesto sobre las reses sacrificadas en los pueblos para la obtención de carne, fue rebajado a la mitad. Los distritos de Mita, Chiquimula y los Altos, quedaron exentos del pago de impuesto —salvo los de carácter local— en consideración a los daños causados por las guerras (157).

A pesar de los intentos de Carrera por defender los intereses del campesinado, los conservadores gracias a su influencia política pudieron consolidar su poder en el país. De acuerdo con Woodward, el presidente Rivera Paz jugó un papel fundamental, logrando ganarse el favor de Carrera, en tanto permitía que la élite tradicional, las familias Aycinena, Batres, Piñol y Pavón, apuntalara su dominio (158).

Pero las relaciones entre Carrera y el gobierno siguieron siendo tensas y de hecho la dualidad de poderes se mantuvo. La población campesina continuó acudiendo directamente al caudillo para presentar sus quejas, ignorando las instancias legales.

A finales de 1841 el enfrentamiento llegó a su paroxismo, Carrera introdujo sus tropas en la asamblea, la que fue disuelta siendo Rivera Paz forzado a renunciar, aunque algunos meses después Carrera lo llamó de nuevo a ocupar la presidencia (159).

La falta de apoyo gubernamental a los esfuerzos de Carrera en beneficio popular produjo nuevas tensiones en el campo. El problema fundamental giró en torno a la tierra. Aunque en mayo de 1840 fue establecida una ley con el fin de limitar las denuncias de tierras baldías, los conflictos entre los pueblos y los grandes propietarios de tierra continuaron. Como señala Ingersoll, no sólo había una inadecuada administración incapaz de resolver estos litigios, sino que en muchos casos, los usurpadores fueron protegidos pues se habían convertido en partidarios de Carrera. Por otro lado, algunos de los jefes de la insurrección se dedicaron a denunciar tierras para sí mismos y a enviar su ganado a las tierras comunales de los indios (160). A pesar de ello Carrera trató de solucionar estos problemas. Periódicamente recorría los pueblos o comisionaba a sus hermanos Santos y Sotero para que visitasen las zonas rurales a tomar nota de las quejas de los campesinos (161).

En 1844 las tensiones en el agro aumentaron y la población indígena de Pinula (en el distrito de Mita) intentó sublevarse contra el gobierno. Carrera, llamado por el presidente Rivera Paz a intervenir en el conflicto, logró llegar a un acuerdo con los rebeldes. Fue entonces firmado entre ambas partes el Tratado de Guadalupe, en el que se criticaba duramente a la administración de justicia, acusándola de corrupta a la vez que se exigían cambios para modificar la situación existente. Debido a este pacto, la asamblea fue disuelta, siendo reemplazada por un consejo de representantes con miembros elegidos por cada departamento, con el fin de reescribir la Constitución. El tratado estipulaba que debían nombrarse jueces especiales para resolver las disputas de tierras, así como establecer medidas gubernamentales para favorecer la artesanía indígena y restringir la importación de mercancías extranjeras (162). Es evidente entonces que el campesinado volvía a reclamar las mismas reivindicaciones por las cuales se había alzado en armas en 1837, la diferencia ahora era que Carrera contaba todavía con el apoyo de las masas populares, colocándose como su representante ante el gobierno (163).

A finales de 1844 el Consejo nombrado según lo acordado por el Tratado de Guadalupe, se reu-

nió y uno de sus primeros actos oficiales fue aceptar la renuncia del presidente Rivera Paz y el nombramiento de Rafael Carrera como nuevo presidente de Guatemala.

Con el objeto de aliviar al campesinado de las cargas que pesaban sobre ellos, Carrera inició un programa de austeridad económica en el gobierno. Los salarios en el gobierno fueron reducidos a la mitad, pero al final ésto fue perjudicial para los campesinos, pues fue imposible reformar la administración con bajos sueldos, la corrupción continuó. Por otro lado —como señala Ingersoll—, al convertirse Carrera en jefe de gobierno ya no pudo jugar más el papel de defensor del pueblo frente al gobierno. Ahora él representaba los intereses del régimen (164).

En las áreas rurales persistió el problema crónico en torno a la tierra, así como el descontento en contra del diezmo que fue cobrado a pesar de la inicial resistencia de Carrera. Por otro lado, ladinos e indios que originalmente se habían unido en la causa común contra el régimen liberal, empezaron a enfrentarse cada vez de manera más agresiva en relación con el manejo de los fondos comunales de los pueblos y con la delimitación de sus respectivas tierras. En 1847 ocurrió una seria escasez de granos que exacerbó aún más las tensiones. En el oriente del país, donde había una importante concentración de población ladina, la situación alcanzó su clímax en el mes de mayo. El 21 de ese mes hubo un ataque de los indios del pueblo de San Juan Sacatepequez contra los ladinos a quienes acusaron de robarles sus tierras, además de que les obligaban a trabajar para ellos (165). El restablecimiento de la legislación colonial era en parte causante de este estado. Ya en octubre de 1839 se permitió que los corregidores pudiesen forzar a quienes carecían de trabajo a laborar en tareas agrícolas. Luego, en agosto de 1846 fue instaurada una ley según la cual, aquellos que carecían de recursos suficientes debían forzosamente trabajar para un patrón, a la vez que no podían cambiar de empleo sin un certificado de su anterior patrono. En la práctica esta ley permitió que se restableciese el trabajo forzado de los indios en las explotaciones agrícolas de los grandes propietarios (166).

Otra serie de problemas acumulados alcanzaron su punto culminante en 1847. Así, el descontento en relación al monopolio del aguardiente: Durante la época colonial la destilación de alcohol y su expendio había sido monopolio del estado. Gálvez concedió licencias tanto para su producción como para su venta, pero Carrera volvió a restringir am-

bas actividades reinstaurando el monopolio. Dos socios adquirieron los derechos monopólicos para la distribución de aguardientes en los departamentos de Guatemala, Antigua, Escuintla y Amatitlán, en tanto que Santos Carrera, hermano del caudillo se hizo cargo de los departamentos de Sacatepequez y Suchitepequez. Carrera personalmente se encargó del monopolio de Mita y Jutiapa, utilizando su propiedad en Palencia como centro de operaciones. La imposición de este monopolio provocó la ira de los campesinos acostumbrados a la destilación tradicional del aguardiente, así como la protesta de los taberneros. Para hacer cumplir la ley, el gobierno creó un cuerpo de policía encargado especialmente de hacer cumplir el monopolio (167).

Además del descontento provocado por el monopolio del aguardiente se extendió también el disgusto contra la corrupción creciente de antiguos partidarios de Carrera que ahora ocupaban puestos en el gobierno de los departamentos. Blanco de los ataques fue el hermano de Carrera, Sotero, corregidor de Sacatepequez. Por otra parte, la reinstauración de corregidores a la cabeza de los distritos en que se encontraba dividido el territorio del país, fue igualmente otro factor de malestar entre la población rural. Estos funcionarios habían tenido un poder casi absoluto sobre la población indígena durante la época colonial. Ahora eran acusados de corrupción y de intervenir en los asuntos internos de los pueblos de indios, obligando a los indígenas a trabajar contra su voluntad en las propiedades agrícolas de los hacendados (168).

Finalmente, la escasez de alimentos en 1847 fue resultado de una cadena de desastres naturales: en 1845 el volcán Pacaya entró en erupción y en los dos años subsiguientes hubo lluvias torrenciales que provocaron inundaciones en la región de Chiquimula, arruinando las cosechas. Vientos huracanados y bandas de cerdos salvajes acabaron con los cultivos. Pronto el hambre se extendió en el oriente del país y los indios exasperados culparon a los ladinos de las recientes desgracias. Por otro lado, los ladinos acusaron a la esposa de Carrera de acaparar alimentos en su propiedad de Palencia (169).

Carrera trató de calmar el descontento en el campo; para ello levantó los impuestos sobre la importación de trigo y prometió entregar semilla en las áreas afectadas. También trató de incentivar el cultivo de otros productos alimenticios, como la papa. Pero las lluvias continuaron causando inundaciones y éstas dificultades en los cultivos. Los precios de los alimentos aumentaron, así como la

escasez y el hambre. La agitación social estalló nuevamente en la región oriental de Guatemala. Fue así como nació la "Revuelta de los Lucíos" (170).

En el verano de 1847 empezó una rebelión contra el gobierno en las regiones de Sansur y San Guayabá dirigida por José Lucio López. De acuerdo con Tobar Cruz, este personaje era un propietario en Palencia, dedicado igualmente a actividades comerciales. Lo que le empujó a alzarse en armas contra el gobierno fue —según este autor— su descontento frente al monopolio ejercido por la esposa de Carrera en la venta de artículos básicos. A poco de iniciada la sublevación, Lucio López fue asesinado y entonces otros líderes continuaron la revuelta, tomando su nombre como bandera. De esta forma nació la facción de los Lucíos o de los Lucíos como más tarde se popularizó (171). En octubre de 1847 los rebeldes atacaron la hacienda que Carrera poseía en Palencia, apoderándose de 700 rifles y otros pertrechos militares. Pronto se unieron al movimiento algunos de los antiguos partidarios de Carrera (172).

Carrera atacó a los facciosos pero topó con la misma dificultad que Gálvez y Morazán cuando luchaban contra la insurrección por él liderada: los guerrilleros eludían el combate con las tropas del ejército.

En la capital la situación política se complicó. Carrera decidió apartar a los conservadores del poder pensando que su actuación era en parte causante del descontento rural. En sustitución de éstos, nombró un gabinete ministerial exclusivamente con políticos liberales. Pero este cambio no alteró el curso de los acontecimientos en el campo. La insurrección continuó extendiéndose. En febrero de 1848 los rebeldes atacaron Santa Catarina de Mita y poco después saqueaban la hacienda San Jerónimo en Verapaz. Mientras tanto el gobierno de El Salvador empezó a ofrecer apoyo y asilo a los guerrilleros (173).

A pesar de los ataques de Carrera, alternados con promesas de amnistía la insurgencia se mantuvo y la situación política se complicó aún más. Sotero Carrera fue asesinado en Antigua. Poco después Serapio Cruz, hermano del vicepresidente de la república se rebeló contra Carrera; al mando de una fuerza militar se dirigió hacia los Altos con el fin de apoyar a los liberales de Quezaltenango que nuevamente intentaban separarse de Guatemala con la ayuda de El Salvador. Aunque Carrera logró derrotarlo en Patzún causándole más de trescientos muertos, casi inmediatamente se sublevó otro gru-

po de liberales en la capital departamental de Chi-quimula, que respaldó igualmente a los liberales de los Altos a la vez que establecía un pacto con el movimiento guerrillero de la región oriental (174).

Frente a tal panorama político Carrera realizó una hábil maniobra: renunció a la presidencia y tomó la decisión de partir al exilio. Acompañado de una guardia personal y con los miembros de su familia se dirigió hacia la frontera mexicana. Algunos liberales en la asamblea trataron de detener a Carrera, señalando que debía pagar por sus "crímenes políticos"; pero finalmente pudo partir sin problemas estableciéndose en Chiapas.

Después de la partida de Carrera, la asamblea escogió como presidente a un liberal moderado, el comerciante Juan Antonio Martínez. Pero las dificultades políticas permanecieron; la insurgencia continuó en la región del oriente con el apoyo de El Salvador, a la vez que este país seguía presionando para que los Altos lograsen separarse de Guatemala. Finalmente Martínez tuvo que renunciar cuando los rebeldes respaldados por el gobierno de El Salvador amenazaron con atacar la capital. Luego de llegar a un acuerdo con representantes del gobierno de Guatemala, varios de los dirigentes de la insurrección pasaron a ocupar puestos de mando en el ejército o fueron nombrados a la cabeza de diversos distritos. Igualmente el gobierno se comprometió a resolver el problema de tenencia de la tierra, garantizando que cada pueblo recibiría su propio ejido. También se obligó a convocar a nuevas elecciones. No obstante, la inestabilidad se mantuvo. Aprovechando la confusión en la capital, los liberales de Quezaltenango volvieron a declarar la independencia de los Altos el 26 de agosto de 1848, aunque inmediatamente tuvieron que enfrentar la hostilidad de la población indígena. Por otro lado, los liberales de la capital —a diferencia de lo ocurrido en 1838— no estuvieron de acuerdo con el movimiento secesionista de Quezaltenango exigiendo a los Altos a reintegrarse a Guatemala. Al final hubo un enfrentamiento entre tropas de ambos bandos el mes de octubre de 1848 en el que los Altos fueron derrotados. Aún así, la secesión se mantuvo hasta mayo de 1849. Mientras tanto, el acuerdo entre la facción de los Lucíos y el gobierno se rompió de nuevo. En octubre de 1848 hubo un fuerte combate entre tropas gubernamentales y rebeldes en Jilotepeque. En diciembre, Vicente Cruz, antiguo vicepresidente de Carrera, luego de reclutar hombres en Oriente puso de nuevo cerco a la capital. Otra vez el gobierno fue obligado a disolverse, aunque el regreso de las tro-

pas gubernamentales que habían sido enviadas hacia Quezaltenango a combatir la secesión, puso en fuga a los rebeldes.

La amenaza rebelde desapareció momentáneamente de la capital, pero no la lucha de facciones. Los liberales continuaban divididos, peleándose entre sí. Al final fue electo presidente el general Mariano Paredes, liberal moderado, antiguo partidario de Carrera, quien llegó a un nuevo acuerdo con los rebeldes firmando un extenso documento, conocido como el "Tratado de Zacapa". Pero no todos los líderes de la revuelta aceptaron la paz, de manera que la agitación persistió en las áreas rurales, donde se mantuvo el hostigamiento rebelde contra los funcionarios gubernamentales. En abril de 1849 atacaron las regiones de Antigua y Amatitlán, en tanto que bandas armadas asolaban Jalapa (175).

Debido a la turbulencia política y social reinante en Guatemala, Carrera encontró este momento apropiado para intervenir de nuevo en su país. Gracias al apoyo del gobernador del estado de Chiapas pudo reorganizar un ejército, cruzando la frontera poco después. Tan pronto puso pie en los Altos, la mayoría de la población indígena se sublevó contra el gobierno de Quezaltenango, atacando a las fuerzas liberales en diversos puntos (176).

Inicialmente el régimen de los Altos trató de asumir una actitud conciliadora con el caudillo, pero era evidente que las hostilidades no tardarían en comenzar. El 5 de abril de 1849 Carrera sufrió una derrota en Huehuetenango aunque esto no menguó su prestigio. El 22 de ese mismo mes el corregidor de Suchitepequez se pronunció a favor de Carrera.

En la capital, con la irrupción de Carrera, los consejeros decidieron actuar. A pesar de la oposición de los liberales, presionaron para entablar negociaciones con el caudillo. De todas formas el gobierno de los liberales estaba desprestigiado pues había sido incapaz de resolver la insurgencia de los Lucíos, a pesar de los numerosos acuerdos realizados con diversos jefes de esta facción. Mientras tanto los liberales de Quezaltenango decidieron capitular. En mayo de 1849 el estado de los Altos pasó de nuevo a control guatemalteco y en junio representantes del gobierno de Guatemala establecieron un pacto con Carrera.

En agosto Rafael Carrera fue nombrado nuevamente comandante en jefe del ejército de Guatemala en tanto los liberales perdieron el poder. El regreso del caudillo dio lugar a un fortalecimiento de los políticos conservadores, pues esta vez

—como señala Woodward— Carrera comprendió la necesidad de una alianza con éstos, abandonando su antigua táctica política de sacar ventaja de la oposición entre liberales y conservadores. Los liberales emprendieron entonces el camino del exilio (177).

Después de su regreso, Carrera inició casi inmediatamente una larga campaña de pacificación en las áreas rurales. En las filas rebeldes se produjo la división. Algunos se pasaron al lado de Carrera acogiéndose a la amnistía ofrecida por éste, en tanto otros cruzaron la frontera buscando refugio en El Salvador. El caudillo se preocupó igualmente de aplacar las quejas del campesinado poniendo fin a la concesión de tierras y usurpación de las tierras comunales (178).

La lucha en el oriente del país culminó con un enfrentamiento entre el ejército de Carrera y tropas del presidente liberal salvadoreño Doroteo Vasconcelos. Desde finales de 1849 y a lo largo de 1850 hubo numerosos enfrentamientos entre ambos países en la zona fronteriza y en enero de 1851, Vasconcelos al mando de un ejército de cerca de 6.000 hombres que combinaba fuerzas hondureñas y salvadoreñas avanzó hacia Chiquimula; le acompañaban algunos líderes Lucíos, liberales guatemaltecos y antiguos oficiales de Morazán. Aunque este ejército superaba al de Carrera en una proporción de casi 4 a 1, éste logró tenderle una trampa a Vasconcelos, derrotándolo en San José de la Arada el 2 de febrero de 1851. De esta forma desapareció la amenaza liberal salvadoreña y los Lucíos perdieron fuerza muriendo sus líderes en luchas intestinas o entregándose a las fuerzas de Carrera.

Con la desaparición de los liberales del escenario político los conservadores establecieron entonces una estrecha alianza con Carrera; la asamblea quedó integrada en su mayoría con sacerdotes y en noviembre de 1851 nombraron nuevamente a Carrera como presidente de Guatemala. Así nació —como dice Woodward— el régimen más conservador en Latinoamérica, retardando el proceso de integración de Guatemala al mercado mundial (179).

En 1854, mediante un plebiscito Carrera pasó a convertirse en presidente vitalicio de Guatemala. Durante los años siguientes y hasta su muerte, en 1865, trató de proteger la población indígena, recibiendo delegaciones procedentes de los pueblos de indios de todo el país. Después de muerto Carrera, Vicente Cerna, comandante del ejército y durante largo tiempo corregidor de Chiquimula fue juramentado como su sucesor en la presidencia. Duran-

te dos años gobernó pacíficamente, pero en febrero de 1867, de nuevo los liberales se alzaron contra el gobierno exigiendo reformas en la tenencia de la tierra y reclamando la abolición del monopolio del aguardiente. No obstante, el movimiento, que carecía de apoyo, fracasó y el líder de la revuelta, Serapio Cruz tuvo que huir hacia El Salvador (180).

Aunque los liberales fueron derrotados inicialmente, las condiciones económicas en Guatemala habían cambiado de manera sustancial y éstas sirvieron de base para que los liberales se alzaran de nuevo en armas y tomaran finalmente el poder en 1871.

Desde la década de 1850 hubo de parte de Carrera y de los conservadores una mayor aceptación del capital extranjero, así como un gradual desarrollo de nuevos cultivos agrícolas destinados a la exportación. La cochinilla, que en 1851 constituía el principal rubro comercializado al exterior sufrió severamente como consecuencia de los tintes químicos, los que en 1857 resultaban ya más baratos que los de origen vegetal. Entre 1860 y 1864 el precio de la cochinilla se redujo en un 50% en el mercado internacional. Por esta razón Carrera se preocupó por fomentar la diversificación agrícola. Aunque el intento por favorecer la producción de seda fracasó, pronto el algodón y el azúcar empezaron a ser exportados. Pero fue el café el producto que con mayor éxito vino a ocupar el rol que anteriormente desempeñaba la cochinilla. El cultivo del café aumentó considerablemente durante los últimos años del gobierno conservador, especialmente en la región de las tierras altas del occidente de Guatemala. Aunque Carrera se preocupó por preservar las tierras comunales indígenas, el desarrollo del café dio lugar a la formación de una burguesía agraria interesada en acabar con las medidas que protegían las tierras ejidales de los campesinos. Así nació el movimiento que finalmente derrocó a los conservadores, dando paso a la revolución liberal de 1871 (181).

La revuelta de los liberales se inició a raíz de las elecciones de enero de 1869. La asamblea reeligió a Vicente Cerna para un segundo mandato a pesar de las protestas de jóvenes activistas que favorecían al candidato de los liberales, el general Miguel García Granados. En marzo del mismo año, Serapio Cruz, con apoyo del gobierno liberal mexicano, penetró en Guatemala por la frontera norte, realizando ataques en la región de las tierras altas cercanas a Huehuetenango. Aunque inicialmente fue rechazado por las tropas leales al gobierno apo-

yadas por la población indígena, pronto los liberales reorganizaron sus fuerzas realizando nuevas ofensivas en los Altos y en Verapaz. A fines de 1869 Cruz se encontraba en Palencia amenazando con atacar la capital. El presidente Cerna convocó entonces a los viejos guerrilleros sobrevivientes compañeros de lucha de Carrera, escogiendo al general indígena Antonio Solares, veterano de 1837, para dirigir un ejército de 400 hombres, en su mayor parte campesinos de Santa Rosa. Estos se enfrentaron a Cruz derrotándolo y dándole muerte en Palencia en enero de 1870.

La muerte de Cruz fue sólo un respiro para el régimen conservador pues en 1871 los liberales reiniciaron el combate. Esta vez la rebelión la dirigía Justo Rufino Barrios, propietario de una hacienda en Malacate (San Marcos) cerca de la frontera con Chiapas, a quien se unió Miguel García Granados. Gracias a las gestiones de este último los rebeldes pudieron adquirir modernos rifles en los Estados Unidos, que fueron traídos a Guatemala a través de México, con la complicidad del gobierno de este país.

La superioridad del armamento fue decisiva para el triunfo de los liberales. La cadencia de fuego de sus rifles era muy superior a los viejos fusiles de pedernal empleados por las tropas del ejército del gobierno. De abril a junio avanzaron irresistiblemente desde los Altos hacia la capital, derrotando a las fuerzas de Cerna en casi todos los encuentros. El 29 de junio su ejército fue dispersado, huyendo Cerna hacia la región oriental, en tanto los liberales ingresaban a la capital el 30 de junio, poniendo en seguida en marcha su programa de revolución liberal (182).

EPILOGO: LA REVOLUCION LIBERAL DE 1871 Y LA REBELION CAMPESINA DE LOS "REMINCHEROS" 1871-1873.

Tan pronto tomaron el poder, los liberales pusieron de nuevo en práctica el iderario político de Gálvez y Morazán: fueron abolidos los monopolios del aguardiente y el tabaco; se eliminó el diezmo eclesiástico; se extinguieron las comunidades religiosas y el arzobispo fue expulsado de Guatemala; se decretó el libre comercio, y empezó una política agraria que favoreció el desarrollo del latifundio en detrimento de las tierras comunales indígenas.

A partir de 1871 se crearon entonces las condiciones favorables para la apropiación privada de las tierras ejidales. De nuevo, igual a como había ocurrido durante el gobierno de Gálvez, aunque ahora a mayor escala, el gobierno cedió grandes

extensiones de tierras en calidad de baldías, aunque muchas de éstas pertenecientes en realidad a los pueblos indígenas. De esta forma la burguesía agraria emergente, productora de café, logró apropiarse de la tierra necesaria para la expansión de sus cultivos, a la vez que —gracias a esta política agraria liberal— la pérdida de tierras por parte de las comunidades indígenas significó la separación de los campesinos de sus medios de vida, la ruina de su independencia y autonomía. En realidad, tal como indica David J. Mc. Creery, más que una necesidad de tierra, la barrera principal que impedía la expansión cafetalera era la ausencia de mano de obra barata. Mediante la expropiación de sus tierras, el campesino quedó obligado a transformarse en un semiproletario agrícola. Reducido a tierras marginales insuficientes para su autosubsistencia tuvo que engancharse en las fincas de café. Muchos quedaron atrapados en el régimen de colonato, viviendo dentro de los latifundios. Otros lograron apenas subsistir en los minifundios que constituyeron el corolario del latifundismo. Pero el despojo agrario de los campesinos no fue suficiente para garantizar la necesaria mano de obra en la producción cafetalera. Por esta razón el gobierno liberal decretó las leyes de vagancia y el repartimiento forzoso de mano de obra indígena en las haciendas cafetaleras, a la vez que favoreció el peonaje por deudas (183).

La expansión de la producción cafetalera produjo igualmente la ruina de otros cultivos que durante el régimen de Carrera habían sido protegidos: el trigo, el maíz y el frijol fundamentales en la dieta básica del campesino fueron desplazados a las pequeñas parcelas del minifundio (184).

El triunfo de los liberales trajo entonces el desarrollo de las exportaciones, el incremento del comercio con el exterior y la inversión del capital extranjero, pero todo esto no fue otra cosa que el inicio del "crecimiento empobrecedor". Las masas campesinas entraron en un proceso de deterioro creciente de sus niveles de vida a tal punto que —como señala Woodward— las narraciones de los viajeros en la Centroamérica del siglo XIX, muestran las mejores condiciones de vida de la población rural de ese entonces comparadas con las de la actualidad (185).

La aplicación del proyecto político y económico liberal tuvo que vencer la resistencia armada de un nuevo movimiento campesino, originado en la región de Chiquimula y que fue conocido con el nombre de "los Remincheros". En agosto de 1871 guerrilleros campesinos, fieles al derrocado presi-

dente Cerna, realizaron un ataque a la guarnición de Santa Rosa, en el oriente del país. Originalmente contaron con el apoyo del gobierno de Honduras, lo que condujo a un enfrentamiento entre Guatemala y este país. Aunque los liberales de Guatemala derrotaron a los hondureños, destituyendo a su presidente, no lograron sofocar la rebelión. Los insurrectos continuaron la lucha, atacando los destacamentos militares de Mataquesuintla, Jalapa y San Pedro Pinula en los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1872. Pero el ejército gubernamental inició un rápido contrataque infligiendo una seria derrota a los rebeldes en Jilotepeque. Disponían de armamento moderno y de una mejor organización. Al terminar el año de 1873 la insurrección había sido aplastada. Muchos de sus dirigentes murieron en tanto el resto se dispersó. A partir de 1874 desapareció toda oposición al programa liberal y éste continuó con rapidez. En 1878 se habían repartido ya 128 títulos de propiedad que comprendían 1.541 caballerías comparados con 16 títulos entregados durante el gobierno de Cerna. Gran cantidad de las tierras cedidas correspondían a propiedades comunales indígenas (186). Todavía hubo algunos intentos esporádicos de resistencia contra el régimen: en 1898 estallaron conatos de rebelión indígena en los Cuchumatanes y luego en Totonicapán en 1905. No obstante los liberales lograron encausar la sociedad guatemalteca en la vía del desarrollo capitalista, creyendo llevar a cabo una obra "civilizadora" contra las fuerzas del "barbarismo" representadas por la iglesia y las masas campesinas (187).

CONCLUSIONES

La revuelta campesina de Guatemala en el siglo XIX puede ser comparada con sublevaciones campesinas de otras latitudes y de épocas diferentes. No obstante, ella guarda mayor semejanza con las sublevaciones campesinas ocurridas durante el proceso de acumulación capitalista en el agro.

En Centroamérica la posibilidad de una acumulación capitalista en el campo surgió ya en el horizonte durante los años posteriores a la Independencia. La revolución en la producción textil y metalúrgica inglesa provocó una tendencia hacia la división internacional del trabajo. Para los liberales centroamericanos, el desarrollo de cultivos comercializables en los mercados europeos e intercambiables por mercancías británicas y francesas, se presentaba como la forma "natural" de participar en

la riqueza generada por dicha división internacional del trabajo.

En Guatemala, desde mediados del siglo XVIII venía ocurriendo una modificación en la organización productiva del país, especialmente en la región oriental. La llegada de los liberales al poder, a finales de la década de 1820 permitió a un grupo de individuos, que deseaban acelerar las transformaciones en el agro, disponer del Estado naciente para emprender dicha tarea. Pero durante estos años sus aspiraciones iban adelante de las realidades económicas. Europa y Norteamérica no estaban todavía muy interesados en una rápida transformación en el agro latinoamericano.

Después de la guerra civil de 1826-1829 los liberales resultaron triunfadores e iniciaron la "modernización" de la sociedad guatemalteca. Fue durante este intento que toparon con la resistencia armada del campesinado, defendiendo su sociedad tradicional.

En el transcurso de la insurrección los campesinos pudieron desarrollar una conciencia de clase, de manera que, aunque el campesino luchó por la conservación del viejo orden social, fue igualmente consciente de la opresión de que era objeto por parte de la "aristocracia", la élite tradicional.

Al final, la ausencia de claros proyectos propios y la necesidad de mayor apoyo político obligaron a Carrera a asociarse con los políticos conservadores. No obstante, trató de defender al campesinado y al artesanado local. Pero ello no impidió el que volvieran viejas formas de explotación.

Por otra parte, a partir de mediados del siglo XIX, la economía guatemalteca empezó a sentir los efectos de la presión externa. Los precios de la grana, el principal producto de exportación, cayeron abruptamente y Carrera se vio obligado a fomentar la expansión de otros cultivos comercializables en el exterior, propiciando con ello el desarrollo de una burguesía agraria. Los ideales liberales pronto fueron adaptados a las necesidades de esta élite en ciernes. Después de la muerte de Carrera en 1865, surgieron condiciones para una ofensiva por parte de este grupo. Con rapidez se impusieron en el campo militar conquistando finalmente el poder en 1871.

Distinguir la naturaleza e importancia de la rebelión campesina en Guatemala es indispensable para superar viejos esquemas, que interpretan al campesino como un ser pasivo. La insurrección liderada por Carrera constituye un ejemplo de la participación de los campesinos como sujetos his-

tóricos activos, luchando por una alternativa concreta, contra el modelo de "economía volcada al exterior" que los liberales deseaban imponer.

En la actualidad los herederos del pensamiento

liberal decimonónico mantienen su tesis de modernización del agro, mientras tanto el campesinado continúa la lucha, defendiendo la integridad de sus comunidades tradicionales.



NOTAS Y CITAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Héctor Pérez Brignoli: *Breve Historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, pp. 63-66.
- (2) Ralph Lee Woodward Jr., "Rafael Carrera and the Conservative Party of Guatemala, 1837-1871" Artículo presentado en el Middle Atlantic Council on Latin American Studies, George Mason University. Marzo de 1986 Mimeografiado, pp. 1-3.
- (3) *Ibid.*, pp. 28-29.
- (4) Troy S. Floyd, "The Guatemalan Merchants, the Government, and the Provincianos, 1750-1800", *Hispanic American Historical Review*. Vol. 41 (1965) pp. 90-110.
- (5) Murdo J. Mac Leod, *Spanish Central America: A Socioeconomic History 1520-1720*. Berkeley: University of California Press, 1973, pp. 348-373.
- (6) Robert A. Naylor, *British Commercial Relations with Central America: 1821-1851*. New Orleans: Tulane University (Tesis doctoral), 1958, pp. 3-4. Franklin D. Parker, *Travels in Central America 1821-1840*. University of Florida Press, 1970, pp. 32-33.
- (7) Entre 1750 y 1770 las exportaciones de textiles ingleses se decuplicaron como consecuencia de la aplicación de innovaciones tecnológicas en esta producción. E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire: An Economic History of Britain since 1750*. London: Weidenfeld and Nicholson, 1968, pp. 40-60.
- (8) Murdo J. Mac Leod, *Op. cit.*, pp. 176-203 Robert S. Smith, "Indigo Production and Trade in Colonial Guatemala", *Hispanic American Historical Review*. Vol. 39 (1959) pp. 181-211.
- (9) Víctor H. Acuña O. *Le Commerce Extérieur du Royaume du Guatemala au XVIII^e siècle. (1700-1821)* París: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (Tesis doctoral), 1978, p. 230.
- (10) Troy S. Floyd, *Op. cit.*, pp. 90-110 Miles L. Wortman, *Government and Society in Central America. 1680-1840*. New York: Columbia University Press, 1982, p. 92, 111-128. Germán José Romero V. *Les structures sociales du Nicaragua au XVIII^e siècle*. Université de Lille, 1977, p. 473.
- (11) Miles L. Wortman, *Op. cit.*, pp. 11-128. Juan Carlos Solórzano, "Las comunidades indígenas de Guatemala, El Salvador y Chiapas durante el siglo XVIII: los mecanismos de la explotación económica", *Anuario de Estudios Centroamericanos*. Vol. 11 (2), (1985), pp. 112-113.
- (12) Víctor H. Acuña O. "Capital comercial y comercio exterior en América Central durante el siglo XVIII: una contribución", *Estudios Sociales Centroamericanos*. Año IX, Nº26 (1980) pp. 71-102.
- (13) Miles L. Wortman, *Op. cit.*, p.233.
- (14) *Ibid.*, pp. 111-128. Juan Carlos Solórzano, *Op. cit.*, pp. 118-121. Juan Carlos Solórzano, "Haciendas, Ladinos y Explotación Colonial: Guatemala, El Salvador y Chiapas en el siglo XVIII", *Anuario de Estudios Centroamericanos*. Vol. 10, (1984), pp. 114-116.
- (15) Miles L. Wortman, *Op. cit.*, pp. 247-249.
- (16) *Ibid.*, p. 326, nota Nº29. La versión historiográfica conservadora por excelencia es la obra de Manuel Montúfar Coronado, *Memorias para la Historia de la Revolución de Centroamérica, recuerdos y anécdotas*. 2 Vol. Nº65, 66. Colección 15 de septiembre. Guatemala: Biblioteca de Cultura Popular. Ministerio de Educación Pública. 1963. Conocida también como *Memorias de Jalapa*; su estudio analiza la década de 1820.
- (17) Véase el libro de E. Bradford Burns, *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*. University of California Press, 1983; donde se analiza la historiografía del siglo XIX en América Latina.
- (18) *Ibid.*, p. 45. Véase también el prefacio del documentado estudio de Hazel M. B. Ingersoll, *The War of the Mountain, a study of Reactionary Peasant Insurgency in Guatemala, 1837-1873*. The George Washington University (tesis doctoral), 1972. especialmente pp. xi, xii, xiii.
- (19) Jaime Torras, *Liberalismo y Rebelión Campesina 1820-1823*. Barcelona: Ed. Ariel, 1976, p. 8.
- (20) Jaime Torras considera que para apartarse de esta concepción historiográfica es necesario: "sustraerse al imperio de una noción de progreso que organiza el acontecer histórico en un encadenamiento rígido y concibe la evolución social en términos darwinistas, desechando como marginales todos aquellos aspectos del pasado que no se proyectan visiblemente sobre sus futuros sucesivos, entendidos como producto necesario de este pasado, y también como razón de ser del mismo. Entonces, ya que el desarrollo del capitalismo —y no su negación— es lo que producirá un estadio más elevado de organización social, se postulan a la vez su necesidad y su bondad históricas. No propugnar una salida capitalista a la crisis del Antiguo Régimen era objetivamente reaccionario, además de vano". *Ibid.*, p. 10.
- (21) Como dice Torras: "la intrusión del campesinado y de la plebe urbana en el primer plano de los conflictos políticos a lo largo de la historia se interpreta, en esta concepción, como una serie de espasmos, que no pueden asimilarse a comportamientos deliberados sino más bien a actos reflejos, respuestas elementales a estímulos económicos. Con frecuencia su análisis queda reducido a unas cuantas alusiones a la desfavorable coyuntura económica, acompañadas por gráficos de precios de las subsistencias, cuya cruel oscilación no defrauda nunca a quienes se contentan con este tipo de explicación causal". *Ibid.*, p. 12
- (22) *Ibid.*, p. 10.
- (23) Es el caso de Filander Díaz Chaves, quien en su libro *La Revolución Morazanista*, Tegucigalpa: Ed. Guaymuras, 1981 (2ª edición), p. 67, dice "el campesinado (centroamericano) por su atraso, ignorancia, servidumbre y esclavitud, no se hallaba, en el tiempo de la Independencia, ideológicamente apto —con una perspec-

tiva clara de su objetivo— para resolver por sí y para sí su propia situación de servidumbre. Por lo tanto, la forma de resolverla se desplaza a otros elementos”...

(24) E. P. Thompson, *The making of the English working class*. Harmondsworth, 1968, pp. 9-10 (Hay traducción al español de Ed. Crítica Barcelona) Un ejemplo de la noción de “clase capitalista” abstraída en forma incorrecta, a la vez que entendida como representante de los intereses campesinos lo encontramos en Filander Díaz Ch., *Op. cit.*, p. 236, para quien Morazán es: “un caudillo de las masas campesinas”, que intenta “fundar el Estado Nacional”, en tanto representante de “la burguesía que como clase todavía es un proyecto”. Para este autor entonces el campesinado no es un sujeto histórico sino que es representado por la “burguesía” (Morazán) portadora del “progreso histórico”.

(25) Esto lo analizamos en el siguiente apartado de este estudio, “La insurrección del campesinado guatemalteco en el contexto de los gobiernos liberales de Mariano Gálvez y Francisco Morazán”.

(26) Como señala J. Torras, *Op. cit.*, p. 13: la propaganda escrita, cuando la había, desempeñaba una función marginal, por lo que “hay que guardarse del prejuicio intelectualista que nos lleva a suponer —y a buscar— un libro, o por lo menos un impreso, detrás de cada una de las iniciativas populares”.

(27) Por lo que —como dice este autor— las principales fuentes disponibles para el historiador tienden entonces a reforzar una visión elitista de la sociedad. En realidad, las fuentes para el estudio de una historia alternativa, es decir la del campesinado ha sobrevivido en cierto grado por medio del folklore. E. B. Burns, *Op. cit.*, pp. 43, 93-94.

(28) J. Torras, *Op. cit.*, p. 14.

(29) E. J. Hobsbawm, “Peasants and Politics” *The Journal of Peasants studies*, Vol. I, Nº1 (1973), p. 17. Aunque la apelación al rey desapareció después de la Independencia, todavía en 1824 los indios de Matequesintla se amotinaron contra los agrimensores enviados por el gobierno para medir sus tierras, dando vivas al rey. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 66.

(30) Como dice J. Torras, *Op. cit.*, p. 23: “En la ambigüedad del lenguaje de las revueltas populares tradicionales se reflejaba una conciencia política que era hechura de la ideología dominante, pero en la que la historia había incrustado potenciales estímulos a la rebelión”.

(31) Miguel García Granados, en sus *Memorias del General Miguel García Granados*. Guatemala: Editorial del Ejército, 1978, tomo IV, p. 471 transcribe sus impresiones sobre Carrera, a quien conoció cuando éste ingresó por primera vez a la ciudad de Guatemala en 1838; dice: “Una cualidad desde luego pude observar: ninguno lo dirigía ni dominaba” John L. Stephens, cuyo vivo relato ofrece una de las mejores descripciones de la situación política de Centroamérica en los años de la revuelta de Carrera, indica también la independencia del caudillo frente a los políticos conservadores. J. L. Stephens, *Incidentes de Viaje en Centroamerica Chiapas y Yucatán*. San José: EDUCA, 1971, tomo II, pp. 115-116.

(32) Véase la nota N^o78.

(33) J. Torras, *Op. cit.*, p. 20 En relación a la importancia de los sacerdotes en los pueblos indígenas en 1838, dice J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo II, p. 173, refiriéndose al pueblo de Escuintla: “En el curso del día tuve

oportunidad de ver lo que más tarde observé por toda Centroamérica: la vida de trabajo y responsabilidad pasada por el cura en una villa indígena, que se consagra fielmente al pueblo bajo su cargo. Además de oficiar en todos los servicios de la iglesia, visitar a los enfermos y enterrar a los muertos, (...) era mirado por todos los indios (...) como consejero, amigo y padre. La puerta del convento estaba siempre abierta, y los indios constantemente acudían a él; un hombre que había tenido un altercado con su vecino, una mujer a quien su marido había tratado mal, un padre cuyo hijo se habían llevado como soldado; una muchacha abandonada por su amante; todos los que se hallaban en pena o aflicción, acudían a él en busca de consejos y consuelo, y nadie salía desamparado. Y fuera de ésto, era el principal director de todos los asuntos públicos de la población (...)”.

(34) J. Torras, *Ibid*, p. 22

(35) Rafael Carrera, *Memorias 1837 a 1840*.

Guatemala: Publicaciones del Instituto de Antropología e Historia, 1979, pp. 47-48.

(36) Alejandro Marure, “Memoria sobre la insurrección de Santa Rosa y Mataquesintla, en Centro América, comparada con la que estalló en Francia el año de 1790 en los departamentos de La Vendée”. Escrita en 1838, publicada en *La Revista* de junio 16 de 1886 a septiembre 1 de 1889. La cita proviene del tomo I, 3 a. serie, N^o24 (junio 16, 1886), p. 427.

(37) Véase la nota N^o51.

(38) Durante la época colonial existía una clara diferencia entre el indio y el ladino. En tanto el indio estaba sujeto a un determinado pueblo de indios, sometido a una serie de obligaciones y al control tanto de las autoridades coloniales como de las autoridades indígenas locales, el ladino era aquella persona no sujeta al control de un pueblo de indios, pero que tampoco pertenecía a la restringida élite dominante de los españoles. Bajo este término se agrupaban los mulatos, los mestizos, los negros libres, e incluso los blancos empobrecidos, así como la combinación étnica resultante de la interacción sexual de todos estos tipos de individuos. En general, a diferencia de los indios que vivían agrupados en sus pueblos, los ladinos habitaban pequeños asentamientos rurales, que recibían el nombre de “valles”, algunos en tierras de los pueblos de indios o dentro de los linderos de grandes propiedades. Véase: Juan Carlos Solórzano (1984) *Op. cit.*, pp. 95-98; (1985), *Op. cit.*, p. 93.

(39) Véase: Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Editorial Crítica, 1982, especialmente la explicación inicial, pp. 9-13 y el último capítulo, cap. 14. “Repensar la historia para replantear el futuro”, pp. 247-263.

(40) J. Torras, *Op. cit.*, pp. 22-23.

(41) *Loc. cit.*

(42) Véase: Kostas Vergopoulos, “La place de la question paysanne dans la théorie du capitalisme”, Samir Amin —Kostas Vergopoulos, *La question paysanne et le capitalisme*. París: Ed. Anthoropos-idep., 1974, pp. 225-261.

(43) E. B. Burns, *Op. cit.*, pp. 128-131.

(44) En 1803 el estado español ordenó la consolidación de las deudas debidas a la iglesia. Esto obligó a que cofradías y propietarios —entre 1804 y 1808— tuvieron que vender su ganado para el pago de estas deudas. En la realidad, mediante el pago de una renta anual tanto las cofradías como propietarios individuales tenían

- acceso a la tierra nominalmente propiedad de la iglesia. Véase: M. L. Wortman, *Op. cit.* p. 190 y J. C. Solórzano (1984), *Op. cit.*, pp. 114-116.
- (45) Ralph Lee Woodward, Jr., "Social Revolution in Guatemala. The Carrera Revolt", *Applied Enlightenment: 19 th. Century Liberalism*, Middle American Research Institute, N°23 (New Orleans, Tulane University, 1972) pp. 45-46.
- (46) M. L. Wortman, *Op. cit.*, p. 254
- (47) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 36-37. También: R. L. Woodward, Jr., "Liberalismo, Conservadurismo y la actitud de los campesinos de la Montaña hacia el gobierno de Guatemala. 1821-1850", *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*, tomo LVI (enero-diciembre 1982), p. 198.
- (48) *Loc. cit.*
- (49) H. Ingersoll, *Op. cit.* pp. 52-53.
- (50) Así por ejemplo hubo motines en Huehuetenango y en el distrito de Salamá. *Ibid.*, p.57.
- (51) Desde 1810 empezó la decadencia del artesanado textil guatemalteco. De acuerdo con cifras transcritas por M. L. Wortman, *Op. cit.*, pp. 217-218, antes de este año se exportaba hacia México ropa de algodón de las tierras altas de Guatemala, cuyo valor ascendía de 35.000 a 40.000 pesos, a razón de 30 a 35 pesos la docena de piezas. Luego del establecimiento del comercio con Belice y la importación de textiles ingleses, cesó la exportación de ropa guatemalteca hacia México aún cuando los artículos se ofrecían de 12 a 30 pesos la docena.
- (52) Valentín Solórzano, *Evolución Económica de Guatemala*, Guatemala: Ed. José de Pineda Ibarra, 1977, p. 282. H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 49-50. En 1839, luego del triunfo de Carrera en Guatemala, los tejedores se quejaron de nuevo, debido al perjuicio que les causaba la importación de mercancías británicas. Carrera los apoyó, haciendo un duro ataque contra el libre comercio, señalándolo como una amenaza para las masas populares. H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 261.
- (53) J. C. Solórzano (1984), *Op. cit.*, p. 98.
- (54) *Boletín Oficial* N°2, 2ª parte (junio 1, 1831) Citado por H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 68.
- (55) Ingersoll analiza en detalle estos problemas. Muchos de ellos empezaron en la década de 1820. *Ibid.*, pp. 64-73.
- (56) *Ibid.*, pp. 75-76.
- (57) *Ibid.*, pp. 60-62 R. L. Woodward Jr. (1972) *Op. cit.*, pp. 50-51.
- (58) Woodward, *Ibid.*, pp. 52-53 Ingersoll, *Ibid.*, p. 75.
- (59) Hubo motines en Lanquín, Cahabón y Salamá en julio de 1837. También se sublevó el pueblo de Momostenango en el occidente de Guatemala. Ingersoll, *Ibid.*, p. 74.
- (60) George Washington Montgomery, *Narrative of a Journey to Guatemala in Central America in 1838*, New York: Wiley and Putnam, 1839, p. 143.
- (61) En realidad como señala Ingersoll, no se trataba propiamente del "cholera morbus", sino del "tribrion", pandemia que se inició en la India en 1826 pasando sucesivamente a China, Mongolia, Manchuria, Rusia, Alemania, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos. De aquí pasó a Belice propagándose posteriormente hacia Guatemala. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 96.
- (62) *Loc. cit.*
- (63) *Ibid.*, p. 99.
- (64) *Ibid.*, p. 103.
- (65) Rafael Carrera, *Op. cit.*, p. 17.
- (66) *Ibid.*, pp. 16-17; H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 108.
- (67) Carrera, *Ibid.*, pp. 18-20.
- (68) H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 109.
- (69) R. Carrera, *Op. cit.*, p. 22
- (70) *Ibid.*, pp. 23-25; Woodward (1972), *Op. cit.* p. 55.
- (71) *Loc. cit.*. Miguel García Granados explica en sus *Memorias*, cómo el mando militar pasó a manos de Carrera, *Op. cit.*, tomo IV, p. 435, dice: "Don Manuel Arrivillaga, que tenía medios para conocer los sucesos que tuvieron relación con la facción (rebelde), y que conoció personalmente a casi todos los principales cabecillas que en ella figuraron, por tener su familia fincas en las inmediaciones de Santa Rosa, me refirió que el cuerpo de Mataquescuintla lo mandaba Rafael Carrera: que derrotada la facción en Santa Rosa, Mejía, no creyéndose a propósito, o apto, para seguirla capitaneando, y habiendo observado en Carrera condiciones de valor, actividad y viveza, lo nombró General en jefe de las fuerzas sublevadas, y ordenando a los pueblos y aldeas que le obedeciesen, cuya orden fue acatada y desde entonces reconocido como tal general en jefe de toda la facción".
- (72) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 114-115.
- (73) E. J. Hobsbawn, *Rebeldes Primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel, 1968. Véase especialmente el capítulo 2º "El bandolero social".
- (74) H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 118. Ya en 1832 el pueblo indígena de Santiago Nonualco se sublevó en masa, acaudillado por Anastasio Aquino, atacó la población de Zacatecoluca. A la insurrección se unieron después los pueblos de Izalco y Nahuizalco. Esta rebelión fue aplastada en 1833. Ingersoll, p. 15. Miguel García Granados. *Op. cit.*, tomo III, pp. 370-374. Woodward (1982). *Op. cit.*, p. 200.
- (75) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 77-82.
- (76) Citado por *Ibid.*, pp. 188-189.
- (77) *Ibid.*, pp. 79-80.
- (78) G. W. Montgomery, *Op. cit.* p. 69. Alfred de Valois, *Mexique, Havanne et Guatemala. Notes de Voyage par...* París: E. Dentu, libraire, 1861, pp. 239-241.
- (79) H. Ingersoll, *Op. cit.* p. 118.
- (80) *Ibid.*, p. 121.
- (81) J. L. Stephets, *Op. cit.*, tomo II, p. 115.
- (82) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 111, 126. En relación con el carácter mágico y religioso atribuido a los líderes de las revueltas populares en las sociedades precapitalistas, véase el estudio de María Isaura Pereira de Queiroz, *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos: reforma y revolución en las sociedades tradicionales*. México: Siglo XXI, 1978 (2ª edición).
- (83) J. L. Stephens. *Op. cit.*, tomo I, p. 233.
- (84) El 20 de septiembre atacó el pueblo de Sansaria con 267 hombres: el 11 de octubre Chiquimulilla, y el 19 del mismo mes Jalpatagua. H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 133-136.
- (85) *Ibid.*, pp. 119-120. Woodward (1972), *Op. cit.*, pp. 56-57. Miguel García Granados contemporáneo de Barrundia y Gálvez los describe en sus *Memorias*,

Op. cit., tomo IV, p. 446, en los términos siguientes: "(Barrundia) sus teorías de gobierno no eran las más prácticas ni aplicables, en especial en países tan atrasados como el nuestro. Al parecer Barrundia era de aquellos que creen que una bella teoría política se puede plantear en todo país, cualquiera que sea el estado de civilización en que se encuentre, o la educación que haya recibido. No comprendía que una legislación que choque abiertamente con las costumbres de un pueblo y que ataque sus creencias inveteradas, tiene por necesidad que fracasar. Un hombre con tales ideas y creencias tenía, por necesidad, que recibir muchos engaños en el curso de su vida. Gálvez, por el contrario, era hombre menos entusiasta, más flexible y que se plegaba mejor a las circunstancias pero al mismo tiempo con mucha tenacidad de intento, astuto (marrullero) e intrigante, procuraba aquello que deseaba por medio del dolor o el engaño; y esta disposición de su carácter lo obligaba a servirse de hombres poco honrados y perdidos en la opinión pública".

(86) H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 126.

(87) Woodward (1972), *Op. cit.*, p. 57.

(88) M. L. Wortman, *Op. cit.*, p. 264.

(89) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 143-144.

(90) *Ibid.*, p. 148.

(91) Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 202.

(92) *Ibid.*, pp. 202-203, Barrundia fue obligado a emigrar de Guatemala en 1849, luego de que los liberales fueron apartados del poder, García Granados, *Op. cit.*, tomo IV, p. 446.

(93) Gálvez renunció con la condición de que sólo las tropas de Barrundia entraran a la capital. Carrera hizo caso omiso del acuerdo y sus hombres desbordaron al ejército liberal Antigüeño. Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 203.

(94) J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo I, pp. 221-222. Hemos usado la versión española, aunque introduciendo algunas modificaciones a partir del texto original en inglés. Las ramas verdes en los sombreros de los hombres de Carrera eran empleadas para colgar tiras de tela con pinturas de santos, tal como lo explica el mismo Stephens.

(95) De acuerdo con el testimonio de Miguel García Granados, *Op. cit.*, tomo IV, pp. 473-474, entraron más de cinco mil personas junto con Carrera en la ciudad capital. En relación con el saqueo de Guatemala por las tropas de Morazán, Véase: Manuel Coronado Aguilar, *Apuntes Histórico-Guatemalenses*. Guatemala: Ed. José de Pineda Ibarra, 1975, tomo I, pp. 111-112.

(96) García Granados, *Op. cit.*, tomo IV, p. 473. Woodward (1982), *Op. cit.*, pp. 203-204. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 161, cita las diversas peticiones exigidas por Carrera como condición para evacuar la capital. Entre éstas se encontraban: Que los pueblos tuviesen jueces y sacerdotes escogidos por ellos mismos; no dar concesiones de tierra a los extranjeros; abolir el Código Livingston; eliminar la conscripción militar de artesanos y trabajadores, a menos que el país fuese invadido.

(97) Con el apoyo de Morazán y los liberales de El Salvador. Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 204.

(98) El código Livingston fue revocado a pesar de la oposición de Barrundia, quien tuvo un fuerte enfrentamiento con Sotero Carrera, hermano de Rafael, quien permaneció en la capital para observar el cumplimiento de las exigencias del movimiento campesino. H. Ingersoll, *Op. cit.* p. 164.

(99) Según García Granados, *Op. Cit.*, tomo IV, pp. 475-478, Barrundia creía que era posible "nulificar la fuerza salvaje". El plan era: "detener a su jefe (Carrera) en la capital, con la parte más arreglada de sus fuerzas, rodearle de los halagos de la sociedad, amarrarlo con la fuerza del orden y con los intereses del gobierno, y restablecer estas grandes masas a la patria". Más adelante agrega: "el gobierno tomó al principio empeño en que Carrera se quedase, pero este era demasiado astuto y desconfiado para admitir esta propuesta".

(100) Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 204. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 167.

(101) *Loc. cit.*

(102) H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 19

(103) *Ibid.*, pp. 168-169. La hacienda San Jerónimo poseía un rico ingenio de azúcar que en 1770 producía anualmente alrededor de 7.200 arrobas de azúcar. Laboraban en él 700 esclavos y 300 trabajadores libres. Era en estos años la más importante hacienda en Guatemala. Véase: J. C. Solórzano (1984), *Op. cit.*, p. 102.

(104) G. W. Montgomery, *Op. cit.*, pp. 147-148.

(105) Woodward, (1982), *Op. cit.*, p. 205.

(106) J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo I, p. 229.

(107) Informe de Chatfield a Palmerston. Fechado en San Salvador en agosto 16 de 1838. Citado por H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 178.

(108) H. Ingersoll, *Op. cit.* p. 179. J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo I, p. 227.

(109) Alejandro Marure, *Op. cit.*, tomo I, 3a. serie, N^o24 (junio 16, 1889), p. 427.

(110) Informe de De Witt a Forsyth, N^o56, Fechado en Guatemala en julio 24, 1939. Citado por H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 179. En este mismo informe el cónsul De Witt señalaba que: "los terratenientes ladinos por temor o inclinación están a favor de Carrera". Citado Por Woodward (1982). *Op. cit.*, p. 205.

(111) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 180 Woodward, *Loc. cit.*

(112) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 183.

(113) *Ibid.*, p. 185.

(114) *Ibid.*, p. 181.

(115) J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo I, p. 228.

(116) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 185-186.

(117) Ambos sacerdotes fueron posteriormente fusilados por las tropas de Morazán. *Ibid.*, pp. 186-187, 190-191. Rafael Carrera, *Op. cit.* pp. 71-74.

(118) *Ibid.* p. 189.

(119) *Ibid.*, p. 192.

(120) Tratado del Rinconcito, firmado el 23 de diciembre de 1838. *Ibid.* pp. 193-194 Woodward (1982), *Op. cit.*, pp. 205-206.

(121) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 194-197 Woodward, *Ibid.*, p. 206.

(122) Woodward (1972), *Op. cit.*, p. 56.

(123) Véase las notas N^o 41 y N^o 42.

(124) J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo I, pp. 228-232. Clemente Marroquín Rojas, *Francisco Morazán y Rafael Carrera*. Guatemala: Ed. José de Pineda Ibarra, 1971, p. 108.

(125) Woodward (1982), *Op. cit.* p. 206 H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 200.

- (126) De acuerdo con Ingersoll los conservadores de Guatemala decidieron actuar rápidamente cuando tuvieron noticia de que Ferrara había sido derrotado por tropas de Morazán y que éste podía atacarlos ahora más fácilmente. H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 198, 200.
- (127) *Ibid.*, p. 201.
- (128) *Ibid.*, pp. 201-202.
- (129) *Loc. cit.*
- (130) *Ibid.*, pp. 204-207.
- (131) *Ibid.*, pp. 207-208.
- (132) *Loc. cit.*
- (133) *Ibid.*, pp. 217-218.
- (134) *Ibid.*, p. 220.
- (135) *Ibid.*, pp. 237-239
- (136) *Ibid.*, pp. 239-240 Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 206.
- (137) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 240-243, J. L. Stephens, *Op. cit.*, tomo II, p. 94.
- (138) J. L. Stephens, *Ibid.*, tomo II, p. 96
- (139) *Ibid.*, tomo II, p. 97. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 243.
- (140) Stephens, *Loc. cit.* Ingersoll, *Ibid.*, p. 244.
- (141) Woodward (1982), *Op. cit.*, pp. 206-207.
- (142) En el periódico *El procurador de los pueblos* aparecieron una serie de artículos firmados por Sotero Carrera en que se señalaba que el pueblo había ganado la revuelta y vencido a Morazán por sí mismo y que esto lo había hecho a pesar de la oposición de todos los partidos políticos. H. Ingersoll, *Op. cit.*, tomo II, pp. 99-110-177-180.
- (143) Woodward (1986), *Op. cit.*, p. 8.
- (144) Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 207.
- (145) Kostas Vergopoulos, *Op. cit.*, p. 255.
- (146) Woodward (1986), p. 18.
- (147) H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 272
- (148) *Ibid.*, p. 274. Keith L. Miceli, "Rafael Carrera: Defender and Promoter of Peasant Interests in Guatemala, 1837-1848", *The Americas*, 31 (1974), p. 87.
- (149) Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 207. H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 250.
- (150) H. Ingersoll, *Loc. cit.*
- (151) *Ibid.*, p. 274. Las Leyes de Indias aunque no siempre fueron cumplidas en la sociedad colonial, garantizaban al menos jurídicamente la protección de los indios. Esta legislación había sido eliminada por los liberales. K. L. Miceli, *Op. cit.*, p. 85.
- (152) Woodward (1982), *Op. cit.*, p. 208, (1986), *Op. cit.*, p. 11 H. Ingersoll, *Op. cit.*, p. 258.
- (153) Woodward (1986), *Loc. cit.*, H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 274.
- (154) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 260-261.
- (155) Decía Carrera: "Nunca consentiré que vayan a los ranchos más pobres a tomar del agricultor infeliz dos de los veinte elotes de maíz o que le quiten los pocos animales que necesitan para su existencia". Citado por Ingersoll, *Ibid.*, p. 255.
- (156) *Ibid.*, p. 253 K. L. Miceli, *Op. cit.*, pp. 83-84.
- (157) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 276.
- (158) Woodward (1986), *Op. cit.*, p. 18 De acuerdo con Max Leon Moorhead, en su tesis doctoral, *Rafael Carrera of Guatemala: His life and Times*. Berkeley: University of California, 1942, pp. 150-151, las familias, por orden de riqueza en Guatemala en 1828 eran: Aycinema, Batres y Pavón.
- (159) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 262-264, 267.
- (160) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 278-280 cita como usurpadores de tierras ejidales a Doroteo Monterrosa, José Clara Lorenzana y otros más.
- (161) *Ibid.*, pp. 277, 279.
- (162) *Ibid.*, pp. 280-281, K. L. Miceli, *Op. cit.*, p. 87.
- (163) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 279.
- (164) *Ibid.*, p. 285, Miceli, *Op. cit.*, p. 93.
- (165) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 289. Miceli, *Ibid.*, p. 89.
- (166) H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 290. Max León Moorhead, *Op. cit.*, pp. 146-147.
- (167) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 291-292.
- (168) *Loc. cit.*, En relación con las funciones del corregidor (gobierno y justicia) y su origen en Centroamérica, Véase: J. C. Solórzano "De la Sociedad Prehispánica al Régimen Colonial en Centroamérica (siglos XVI-XVII)" *Avances de Investigación* N°17. Centro de Investigaciones Históricas. Universidad de Costa Rica, 1986, pp. 20-21.
- (169) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 294-295.
- (170) *Loc. cit.*
- (171) Pedro Tobar Cruz, *Los Montañeses, la facción de los Lucíos y otros acontecimientos históricos de 1846 a 1851*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1971, pp. 126-127.
- (172) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 296-297.
- (173) *Ibid.*, pp. 297-301 Woodward (1986), *Op. cit.*, p. 21.
- (174) H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 301-303, 308-309.
- (175) Todos estos acontecimientos los hemos resumido de H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 310-322.
- (176) *Ibid.*, pp. 322-323 Woodward (1986), *Op. cit.*, p. 21.
- (177) Woodward, *Ibid.*, p. 22. H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 324-327.
- (178) *Loc. cit.*
- (179) Woodward, *Loc. cit.*, H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 328-331.
- (180) Woodward, *Ibid.*, pp. 22-23. H. Ingersoll, *Ibid.*, pp. 335-337.
- (181) Woodward, *Loc. cit.*, H. Ingersoll, *Ibid.*, p. 336 Max León Moorhead, *Op. cit.*, pp. 121-125.
- (182) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 337-342.
- (183) *Ibid.*, p. 344. David J. Mc. Creery "Coffee and Class: The Structure of Development in Liberal Guatemala", *Hispanic American Historical Review*. Vol. 56, N°3 (1976), pp. 456-459. Carlos Figueroa Ibarra, *El proletariado rural en el agro guatemalteco*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1980, pp. 66-70.
- (184) Carlos Figueroa I., *Op. cit.*, p. 71.
- (185) R. L. Woodward Jr. "The rise and decline of Liberalism in Central America", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 26 N°3 (August 1984), p. 297.
- (186) Carlos Figueroa I., *Op. cit.*, p. 66, quien transcribe cifras de Alfonso Bauer Paíz, *Destellos y Sombras de la Historia Patria*. Guatemala: Editorial Piedrasanta, p. 121. De acuerdo con Héctor Pérez Brignoli,

Op. cit., p. 70, entre 1871 y 1883 fueron vendidas 387.755 hectáreas como tierras baldías.

(187) H. Ingersoll, *Op. cit.*, pp. 345-353. El pensamiento de Justo Rufino Barrios expresa bien las ideas de estos liberales. En su discurso dirigido a la asamblea nacional el 5 de marzo de 1880, decía lo siguiente: "...era preciso alguna vez cortar y quemar y triunfé de la repugnancia de cortar y quemar, cuando las circunstancias

lo reclamaban: era preciso derribar los ídolos que adoraba una sociedad tenazmente aferrada al retroceso, al oscurantismo y a la inmovilidad y los derribé con mi brazo, desafiando las malas pasiones (...), sobre la ignominia, la estupidez y el anonadamiento del pueblo" ... *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*. Guatemala XL, No. 1 (septiembre 1934), p. 84. Citado en traducción al inglés por Ingersoll, *Op. cit.*, p. 352.